

BOLSILIBROS

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

LARGO VIAJE HACIA LA NADA

de

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Año 227. Después de Cero.

No había error. Con aquel calendario automático, jamás podía haber error. Estaba construido para durar indefinidamente durante cientos de siglos. Con matemática exactitud, no sólo en fechas, días, meses o años, sino también en segundos y décimas de segundo. Y también en siglos.

Todos los refugios habían tenido uno igual. Sólo que yo no había visto ningún otro. El mío únicamente. Tal vez los demás ya no funcionasen. O tal vez sí, aunque su funcionamiento fuese perfectamente inútil.

Mi cronómetro de pulsera estaba ligeramente adelantado en unos segundos. Lo puse de acuerdo con el calendario automático. Bostecé. Tenía apetito. Quizá también un poco de sueño.

Había estado trabajando muchas horas últimamente. El trabajo de cálculos, medidas y apuntes, había llevado tiempo y fatiga. Era hora de dejarlo todo, y comer algo. Luego descansaría unas horas, y proyectaría algún microfilme de la filmoteca. Sentía deseos de verme acompañado por un corto tiempo, siquiera fuese por las pálidas sombras de color de las filmaciones archivadas.



Curtis Garland

Largo viaje hacia la nada

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 201

ePub r1.0

Titivillus 18.12.17

Título original: *Largo viaje hacia la nada*

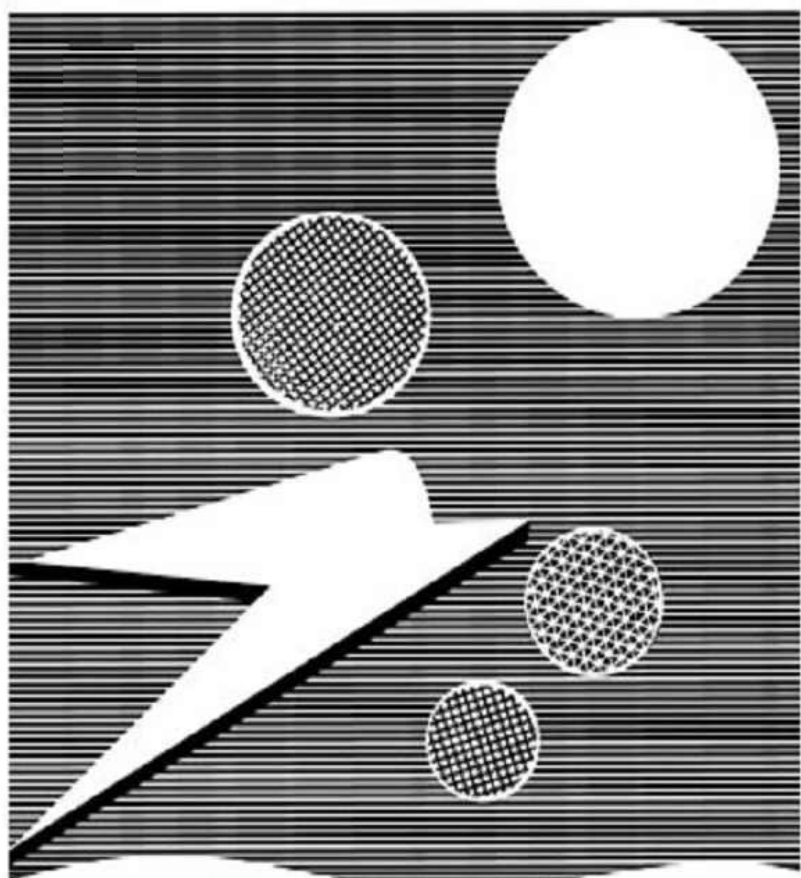
Curtis Garland, 1974

Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

PRIMERA JORNADA

AÑO 277, DESPUÉS DE CERO

Capítulo primero

Año doscientos veintisiete, A. Z.^[1]

ES decir, año 227. Después de Cero.

NO había error. Con aquel calendario automático, jamás podía haber error. Estaba construido para durar indefinidamente durante cientos de siglos. Con matemática exactitud, no sólo en fechas, días, meses o años, sino también en segundos y décimas de segundo. Y también en siglos.

Todos los refugios habían tenido uno igual. Sólo que yo no había visto ningún otro. El mío únicamente. Tal vez los demás ya no funcionasen. O tal vez sí, aunque su funcionamiento fuese perfectamente inútil.

Mi cronómetro de pulsera estaba ligeramente adelantado en unos segundos. Lo puse de acuerdo con el calendario automático. Bostecé. Tenía apetito. Quizá también un poco de sueño.

Había estado trabajando muchas horas últimamente. El trabajo de cálculos, medidas y apuntes, había llevado tiempo y fatiga. Era hora de dejarlo todo, y comer algo. Luego descansaría unas horas, y proyectaría algún microfilme de la filmoteca. Sentía deseos de verme acompañado por un corto tiempo, siquiera fuese por las pálidas sombras de color de las filmaciones archivadas.

Al menos, veía moverse a alguien, escuchaba voces...

Después de ingerir unos alimentos concentrados y unos hidratos para la sed, dormí cosa de seis horas, para levantarme entonces y

dirigirme a la reducida, oscura sala confortable de la filmoteca, donde me acomodé, buscando en el selector de proyección, hasta hallar un título a mi gusto, entre los millares de ellos alineados allí. Pulsé una serie de teclas, y la pantalla se iluminó con las imágenes de una película filmada antes de Cero.

Pude contemplar, en el relajamiento de mi cómodo asiento, frente a la pantalla, las imágenes de un mundo que no conocía. De un mundo que ya no era.

Unos políticos hablaban, en sus grandilocuentes discursos, ante masas de ciudadanos que aclamaban sus palabras, y hervían de entusiasmo. Yo escuchaba, en la penumbra de la sala de proyección, aquellos mítines inflamados de términos patrióticos y moralistas, enaltecedores de todas las virtudes del hombre y de los pueblos.

Una sensación de náusea me invadió. Cambié de filme y sólo escuchaba doradas mentiras, envueltas en la verborrea convincente de los políticos. Estaba asistiendo a la retransmisión de las últimas Olimpiadas, comentadas por el mejor locutor de entonces, en la materia deportiva.

Las últimas Olimpiadas.

Siempre se diría lo mismo de las que acababan de clausurarse. Pero alguna vez, eso fue totalmente cierto. Admiré los alardes físicos de los atletas de ambos sexos, la multitud ingente que formaba en los graderíos del Estadio Olímpico.

Seguí la sucesión de diversas disciplinas atléticas, sin que el tiempo pareciera pasar en aquella contemplación de magníficos alardes de la potencia y reflejos del ser humano.

Cuando el filme terminó, me quedé absorto, sentado en mi localidad de aquella sala de únicamente una docena de asientos, vacíos todos, con la excepción del mío propio.

No sentía ganas de ver nada más. Era suficiente, por aquel día.

Abandoné la sala de proyección, encaminándome a la piscina cubierta, bajo los proyectores de luz infrarroja y ultravioleta. Me desnudé, nadando en las aguas, acariciado por la falsa luminosidad de los soles artificiales del subsuelo.

Al salir del agua, me sequé el cuerpo ante los ventiladores de aire caliente, tendido sobre un confortable colchón de aire. Cerré los ojos y no quise pensar. Pero pensé.

No era agradable pensar. Abrí los ojos, y me puse en pie,

tomando una indumentaria del armario ropero de la sala de natación. Un simple mono azul, de tejido sintético, liviano y confortable. Calzado blando, de igual tejido. Quería comodidad. Y ya la tenía.

El corredor, largo y frío, con su luz azul, familiar a mis ojos, me condujo a la cámara central. Contemplé las figuras de cera plástica, situadas al otro lado del vidrio irrompible. Estudié sus rostros inexpresivos, su artificiosa apariencia de realidad. Hombres y mujeres, que fueron notables alguna vez en la Historia.

Hombres..., y mujeres.

Una galería histórica. Podía comprobar su aspecto, proyectando filmes con imágenes de bibliotecas, museos, palacios... *Mujeres*.

Detuve mis ojos en una de ellas. Leí su nombre, en la plataforma que sostenía la figura cérea. Tenía un nombre célebre en la Historia. Era hermosa. Vestía suntuosos ropajes.

Mentalmente, la comparé con los estudios artísticos y fotográficos del desnudo femenino que yo conocía. Bajo aquellas ropas, la figura de cera era igual. Pero era cera. Fría cera, no carne humana. Ahí estaba la diferencia.

«Mujeres...» pensé.

Me estremecí. Siempre me ocurría igual. Aparté la idea de mi mente. Era lo mejor que podía hacer. La lectura y el estudio ayudaban siempre un poco a todo eso.

Entré en mi pala de lectura. Seleccioné los microfilmes de algunos libros. Sentado ante la mesa de vidrio proyector, éste reflejó seguidamente las páginas seleccionadas. Me sumergí en la literatura.

Estuve leyendo hasta bastante tarde. Cuando sentí fatiga en mis ojos, apagué el proyector. La mesa volvió a ser una superficie de vidrio, opaca y vulgar. La magia de los textos escritos había desaparecido.

Era ya bastante tarde Podía elegir entre dar un paseo, ver algunas proyecciones más, o retirarme a descansar. Nada de eso me sedujo. Después de muchos años haciendo cosas parecidas, uno acaba por cansarse de todo.

Opté por algo que podía parecer más divertido, pero que había terminado por aburrirme, a fuerza de repetirse siempre lo mismo: confeccionar mi propio periódico.

Era suficiente con pulsar aquel teclado del teletipo interior. Automáticamente, los datos del exterior pasaban a través de un sistema de computadores, y se imprimían una o más hojas de texto, con todo cuanto pudiera ser de interés, fuera de aquel recinto donde yo vivía.

Me detuve ante el teletipo y su complejo teclado. La fecha del día siempre estaba correctamente indicada en un visor luminoso. Funcionaba implacablemente cada veinticuatro horas.

Pulsé el grabador de noticias. Zumbó la máquina. Me senté, esperando.

A los pocos instantes, una rendija del mecanismo vomitó una sola hoja de papel plástico, con una serie de columnas y titulares impresos.

Leí los titulares más importantes, encabezando la página impresa:

«Todo continúa igual en el mundo».

«El índice de contaminación se reduce cada vez más. Se detectan formas de vida en la superficie».

Leí una serie de datos científicos y técnicos, bastante complejos. Parecía lo único interesante que sabían captar los computadores del exterior, para transmitir al interior. Deduje que, en los últimos meses, mientras el teletipo no funcionó, los índices mortíferos del exterior habían cambiado bastante. Además, hablaba de «formas de vida».

Formas de vida...

¿A qué se refería, exactamente? El sistema de grabación de noticias no aclaraba nada. Al final, venían una serie de datos meteorológicos. Los estudié, intrigado. Era curioso, ciertamente. La nubosidad había decrecido bastante. El calor era infinitamente menor, rozando casi los sesenta grados centígrados sobre cero. Eso, en comparación con el momento de ebullición, ya conocido, no era gran cosa.

Pero, a fin de cuentas, no había noticias de interés. Nada, fuera de lo habitual. Me levanté del teletipo impresor de diarios, y resolví que lo mejor era ver algún filme de ficción, cenar algo, y retirarse a dormir.

Elegí un rancio celuloide de principios del cinematógrafo, allá

en remotas épocas.

Seguían siendo lo mejor que poseía la filmoteca, en ese género. Mudo, sí. Pero tan elocuente, tan expresivo...

Además, no todo era sonido. No todo lo revalidaba la voz o el ruido. Alrededor mío, todo era silencio. En la pantalla, también. La pálida sombra grotesca de un cómico lejano, llamado Chaplin, en una época asombrosamente rudimentaria, seguía siendo para mí mejor que mil palabras. Hasta el silencio que me rodeaba parecía más amable ahora.

Mientras cenaba mis alimentos concentrados, recordaba a Chaplin, y escuchaba música de Richard Strauss, en la grabadora.

Un día más, estaba a punto de pasar. Y así..., ¿hasta cuándo?

—Hijo mío, ha sucedido. Debes hacerte a esa idea...

Yo miraba a mi padre, sin entender demasiado. Luego miré a mi madre, tratando de descubrir algo más en su gesto, en su expresión. Era menos hermética que mi padre. Estaba llorando. En silencio, sin dramatismos. Pero caían lágrimas de sus ojos tristes, fijos en los míos.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —quise saber.

Ellos se miraron entre sí. Cuando mi padre clavó sus serenos, fríos ojos en mí supe que iba a darme una respuesta que no me gustaría. Pero una respuesta, a fin de cuentas.

—Lo peor —dijo.

Lo peor... Cuando mi padre decía eso, era porque realmente había sucedido. Lo peor. Yo sabía lo que era. Pero nunca había imaginado que sucediera.

—¿Cómo? —quise saber—. ¿Cómo ha sucedido?

Él se encogió de hombros. Parecía tranquilo. Demasiado tranquilo, para lo que estaba diciéndome.

—Como siempre suceden estas cosas —dijo—. De repente... algo o alguien falló. Un error cualquiera. Nunca se sabrá cuál. Un gran *stock* de armamento peligroso, en cualquier país. No importa cual, porque la reacción en cadena se ha propagado a otros parecidos. Ya no hay remedio. No se puede hacer nada.

Bajé la cabeza. Lo entendía. Ya no se podía hacer nada. En casos así, nunca se puede hacer nada. Oí vagamente el comentario de mi madre:

—Dios mío, Paul... ¿Por qué ha tenido que suceder esto? ¿Por

qué no se dieron cuenta a tiempo?

—¿Quién se da cuenta a tiempo? —replicó secamente mi padre—. Nunca nadie se da cuenta de nada, cuando aún se puede evitar. Ni en lo pequeño, ni en lo grande. Ahora, todo serán lamentaciones, claro. Mientras duren los que puedan lamentarse. Luego...

—Luego, el resto será silencio... —recité, con la misma amargura con que debió pronunciar esas palabras el héroe shakeriano^[2].

Mi padre me miró con frialdad. Pero creo que también con cierto legítimo orgullo. Veía en mí un digno continuador de su persona. Si es que la palabra «continuador» tenía ya algún sentido.

—No vamos a perder el tiempo en discutir esas cuestiones —comentó despacio—. Tu madre y yo estamos contaminados, por desgracia.

—Papá —le miré, con asombro, con repentino dolor.

—Calma —alzó un brazo con energía, como pretendiendo dominar cualquier posible debilidad mía, en aquel momento—. Era de prever, hijo. Estábamos fuera de aquí. Sometidos a lo que pudiera llegar de la atmósfera, como todos los demás. Creo que tu permanencia aquí ha sido enteramente casual. Un accidente afortunado, diría yo. Pero ha ocurrido. Estás en el refugio. Te sorprendió aquí el caos. No has salido, los precintos de seguridad están en perfecto funcionamiento. El índice de contaminación interior es cero. El de contaminación en los compartimentos estancos, de cero también. En el circuito exterior de seguridad, sólo de unas décimas, que aumentarán inexorablemente. Pero en tanto no salven esos compartimentos estancos y sus muros herméticos; todo irá bien aquí dentro, hijo mío. El lugar está construido con esa finalidad. Se contó con todo posible riesgo. Ahora, todos ellos se han producido. Pero eran posibles. Espero que esto resistirá.

—¿Hay... hay otros refugios, no es cierto, padre? —pregunté, esperando.

—Claro. Millares de ellos —sonrió duramente—. Incluso uno, especialísimo, para los gobernantes del planeta, si esto sucedía. Afortunadamente, ellos no han previsto el fallo. No llegarán a tiempo. Llevan consigo la contaminación mortal. Morirán como ratas, en sus alojamientos subterráneos. Será una larga agonía, durante la cual podrán hacer examen de conciencia. Todos ellos, sin

excepción. Los que dirigieron a las grandes potencias. Los que permitieron esto. Al menos, que mueran como los demás. Sería injusto que los gobernantes que nos llevaron al fin, salvaran sus miserables vidas, hijo...

Me encogí de hombros. Él hablaba, movido por algunos prejuicios razonables. Yo, a mí edad, no los tenía aún. Mentalmente, me decía que todos tuvieron la culpa. Los pueblos obedecieron ciegamente a sus gobernantes. Mis padres, yo mismo, éramos el pueblo. A veces, no vale la pena obedecer al que gobierna. A veces, la disciplina no es el mejor camino para servir a la justicia común, Vale la pena morir a tiempo unos pocos, para evitar morir, a destiempo, muchos más...

Pero no hablé de eso, a mi padre. No valía la pena. No me hubiera entendido. Él pertenecía a una sociedad que lo basó todo en la jerarquía y la obediencia. Ahora, estaban pagando su tributo. El de todos. Y, en parte, el mío también. El mío, que no había merecido pagar porque nadie nunca me consultó nada.

No podía reprocharles nada, sin embargo. No, a ellos. No, a mis padres. Y los que pudieran ser sensibles a mis reproches, no estaban presentes ahora. Ni les preocuparía ya nadie, salvo ellos mismos.

—¿Qué va a ser de nosotros, ahora? —pregunté.

Mi padre me contempló gravemente. Parecía sorprendido de que yo no conociera la respuesta.

—De nosotros, ya puedes imaginarlo, hijo —suspiró—. Hemos de quedarnos fuera. No podemos cruzar la frontera marcada por ese muro transparente que ahora nos separa.

—Pero..., pero eso significa.

—Sí, hijo Significa que éste es el momento definitivo. La separación para siempre. No hay que dramatizar. Es así, y eso basta. Te hemos educado convenientemente, te hemos dado una formación especial, en previsión de algo así, que te permitirá sobrevivir en duras condiciones. Mientras dure en el exterior la radiación letal, caerás en un estado de vida en suspensión, de hibernación indefinida. La temperatura ambiente se adaptará aquí dentro a esa situación, y así continuarás hasta el día en que exista una remota posibilidad de supervivencia fuera de aquí. Posibilidad que deberás aguardar pacientemente, sin precipitaciones. Los ingenios acumulados aquí, te avisarán del momento adecuado, pero

nunca pases por alto tal detalle. Sólo cuando el índice radiactivo exterior no sobrepase un grado en la Escala Haussmann, podrás arriesgarte a asomar al aire, a la luz de la superficie. Si ello no es así... vivirás y morirás aquí dentro, inexorablemente. Está todo estudiado al respecto. Una docena de personas hubieran podido vivir aquí, pero no va a ser posible. Solamente tú gozarás de ese privilegio. La radiación exterior aumenta, por momentos. Cuando alcance el índice ocho, habrá terminado todo.

—¿Y..., y qué vais a hacer ahora? —Mi voz era apenas un murmullo estremecido.

—Volver, hijo. Volver al exterior. Hay mucho por hacer, antes de que llegue el fin. Aliviar a otros, confortar a muchos, atender heridas incurables, pero al menos, reducir su dolor... Será un buen modo de vivir las últimas horas. Y procurar que nadie, absolutamente nadie, descubra este lugar. Sería terrible que ello sucediera. No resolvería nada a persona alguna, porque la muerte está ya en todos nosotros. Y contaminaría el interior, aniquilando tu única posibilidad de supervivencia.

—¿Crees... que merece la pena, padre? —pregunté.

—¿Que tú sobrevivas...? —sonrió tristemente, y sacudió la cabeza—. No lo sé. Para mí, vale la pena. Para tu madre, también. Eso debe bastarte. Cuando..., cuando llegue el momento final, nos confortará mucho saber que tú... permaneces aquí.

—Ya —bajé la mirada—. ¿Cuánto puede durar la hibernación?

—Siglos, hijo. Siglos enteros. Será un largo sueño. Sólo espero que el despertar sea esperanzador...

—Padre... Madre... —Les miré, patético, estirando mis brazos hacia ellos, estérilmente. El invisible muro de materia transparente, irrompible y hermético, nos separaba como una eternidad—. ¿Por qué? ¿Por qué, precisamente... yo?

Me miraron. No parecían tener respuesta. Se limitaron a sonreír. Se unieron. Vi el brazo de mi padre, fuerte y seguro, rodear los hombros de mi madre. Les vi alejarse, tras una última mirada.

Creo que lloré. No me avergüenza decirlo. Lloré en ese momento, aunque era casi un hombre. Ellos no se volvieron ya una sola vez.

Me quedé solo. Solo para siempre.

Capítulo II

Un largo sueño.

SÍ, había sido un muy largo sueño. Un interminable reposo.

Y ahora... esto era el despertar. Un despertar sin esperanzas.

RESPIRÉ hondo. Había evocado un momento que parecía cercano. Y, sin embargo, tenía siglos de antigüedad. Más de dos siglos...

Exactamente, doscientos veinte años.

Hacía siete años que desperté del letargo gélido de siglos. Siete años de vida, bajo aquellos techos y bóvedas de hormigón y metales indestructibles. Siete años de vivir en soledad. Entre computadoras, alimentos concentrados, hidratos, luz artificial, películas, grabaciones, y todo cuanto el pasado había dejado de recuerdo para el hombre que quisiera saber y recordar.

Ese hombre era yo. Yo... y nadie más.

Me había hecho a la idea, hacía tiempo. Justamente, doscientos veinte años antes, cuando llegó el que yo llamaba Punto Cero. O la Hora Cero de la Humanidad.

A partir de allí, todo era ya nuevo. La Era Cero. Mi tiempo, mi época. Para mí, todo partía del cero absoluto.

Al despertar, los cronómetros marcaban claramente la fecha: año 220 de letargo. Año 220 después de Cero.

Siete años allí, parecían ya muchos años. Sin embargo, no habían sido ningún infierno. Estaba educado para ello. Mi padre se

había preocupado de eso. Racional, físicamente, mental y espiritualmente, fui un hombre preparado, desde niño, para la soledad y el silencio. Sin complejos, sin fobias, sin histerismos, sin impaciencias.

Sabía lo que había afuera. Lo que podía quedar de aquel remoto pasado. Lo que podía quedar del mundo de mis padres. Lo que habían dejado tras sí los hombres de la mejor época de la Tierra, como la calificaron ellos, con cierta soberbia.

Aún recordaba a mis padres. Era como haberlos perdido sólo siete años atrás. El resto del tiempo, no existía, en mi concepto. Había dormido el más profundo de los sopores. Sin sueños ni pesadillas. Sin nada.

Ahora esperaba.

Esperaba que afuera, un día, hubiese menos de un grado de contaminación radiactiva en la Escala de Haussmann.

Por ahora, eso era pura Utopía. Los indicadores interiores de mi refugio, marcaban más de dos grados. Era un nivel letal. Asomar, significaba la muerte.

Yo sabía esperar. Esperaría, aunque tuvieran que pasar todos los años de mi vida. Y si comprendía que había de morir de viejo, tomaría una decisión: asomaría al exterior. Me enfrentaría a la luz, al cielo que un día tuvo sol, luna y estrellas. Y moriría así, mirando adonde todos los hombres del mundo habían mirado antes que yo, buscando, quizá, una razón por haber vivido, una razón para morir. Una razón que, tal vez, estuviera muy alta, allá arriba, más lejos de las estrellas...

Por el momento, eso estaba descartado. Por el momento, mi vida continuaba allí en el submundo metálico, frío y luminoso que mis padres me dejaron, de única y afortunada herencia.

Y así, día tras día, mi vida continuaba en aquel ambiente seguro, confortable, lleno de recursos. Día tras día, mi único contacto con el mundo que había sido, estaba en escuchar música clásica, en asistir a la proyección de documentales, de películas, de espectáculos, de reportajes vividos... En leer la reproducción, en microfilme, de las grandes obras literarias de todos los tiempos.

Y esperar. Siempre esperar.

Esperar bebiendo, comiendo, leyendo o presenciando un espectáculo, es un modo amable de sostener esa espera.

Es lo que yo había hecho hasta entonces, durante siete años, alternándolo con ejercicios físicos intensos, pruebas de reflejos, exámenes psicometales, estudios diversos, y toda clase de actividades para no caer en un relajamiento total y peligroso, que pudiera convertirme en algo puramente vegetativo, que sobrevivía por un mero principio de mecanismo vital.

Cierto que los alimentos eran insípidos y monótonos, las bebidas compuestas de grageas hidratadas, y la lectura o los espectáculos visuales o auditivos simples reproducciones, grabadas previamente. Pero todo ello, formaba mi vida y mis recuerdos naturales. Mi infancia, mi vieja y perdida infancia, no contaba ya.

Ésta era mi vida actual, éstos eran mis medios de supervivencia. Y sobrevivir era, después de todo, mejor que morir. Todavía era, al menos, un poco mejor. Eso bastaba para mí. Eso, y la voluntad póstuma de mis padres. Ellos quisieron que yo superara todo aquello. Bien. Lo estaba superando. Lo había superado, durante más de doscientos años.

¿Por qué no alargarlo un poco más?

O, cuando menos, intentarlo. Luchar por ello. Y si había que morir en breve..., pues aceptarlo. Y morir.

Era un modo fatalista de aceptar las cosas. No me cabía otro remedio. Incluso allí dentro, en el refugio, nada era seguro. Me pregunté si, realmente, había algo seguro en estos momentos, fuera o dentro de cualquier refugio de la desdichada Tierra.

Los días iban transcurriendo de forma inexorable. Lenta, casi agotadora, de puro tediosa. Uno se parecía extraordinariamente a otro. Había intentado emborracharme algunas veces, pero era difícil hacerlo, con licores comprimidos. No era un modo agradable de embriagarse, y opté por dejarlo.

La lectura me fatigó en ese mes. También el sentarme en la cámara de proyección y ponerme a contemplar filmes diversos, desde viejos musicales y más modernos —modernos de dos siglos atrás—, de cualquier otro género, o bien documentales informativos sobre lo que fue la Humanidad en sus últimas décadas lamentables, hasta reportajes científicos, técnicos y artísticos, que hacían desfilar ante mis ojos el recuerdo de cuadros inmortales, perdidos en museos ya desaparecidos en la eternidad, prodigios de la Física, la Química o cualquier otra rama del saber humano, que de nada

sirvieron, o que sólo precipitaron el final. Y hasta la gran tecnología, que había derrumbado su portentosa arquitectura junto con todo lo demás.

Me estaba volviendo irritable. Tal vez era la prolongada soledad. Cierto que llevaba más de siete años allí, pero, en un solo instante, puede romperse el equilibrio de mucho tiempo, si algo falla.

¿Qué podía fallar? Quizá yo mismo. A fin de cuentas, todo lo que me rodeaba era perfecto. Medido, calculado, proyectado para su actual función. Disponía de los medios que una docena de seres hubiera precisado durante un siglo. Y sólo llevaba siete años yo solo, puesto que los dos siglos de sueño no contaban. Mi vida no peligraría por escasez de nada. Ni alimentos, ni hidratación, ni aire respirable, ni diversiones, ni lectura.

Pero ¿eso sólo formaba la vida misma? La soledad. El silencio en torno.

Acaso era eso. Ya no bastaba que conectase continuamente la reproducción musical para verme acompañado por sonidos melódicos durante la mayor parte del día. Faltaba algo. Algo más.

Quizá..., voces. Voces humanas. Voces no grabadas, sino auténticas, directas. Palabras y sonidos que no vinieran de una cinta magnética, imágenes en movimiento que no fuesen proyectadas en una pantalla cinematográfica o de televisión. Algo más que cintas de celuloide y videos...

Mucho más, quizá.

Un ser humano. Uno solo, allí, conmigo.

Pero no había nadie. Ninguno. Ni lo habría. Era mi destino, y debía aceptarlo: la supervivencia tenía su precio: elevado y terrible. La soledad, el silencio, el vacío...

Estaba formado para eso. Había aceptado ese destino. Pero no era agradable. No me gustaba verme rodeado de mecanismos que me dieran sonidos, música o imágenes. Y datos desoladores del exterior. No me gustaba ver figuras de cera, evocando el pasado de la Humanidad, desde Galileo al último gobernante que tuvo la culpa del gran caos.

Era extraño. No me gustaba nada de lo que en un principio admití como parte de mi vida actual. Estaba empezando a alterarme. Y temía que eso iría en aumento, si mi vida continuaba allí dentro, como un animal enrejado.

El factor psicológico.

Algo con lo que nunca conté previamente. No le había dado la menor importancia, acaso porque hasta entonces había dominado mis reacciones con toda frialdad.

Fui a la programadora. Le informé de mi estado. Esperé su respuesta. No tenía otra consulta, otro confidente ni otro médico. La máquina me devolvió una cartulina, con su helada respuesta:

«Aumente consumo de cápsulas

MB-R33.

Ingiera tres cada día».

Sólo eso. Cápsulas

MB-R33.

Bastaba pulsar un resorte con esas cifras, y surgían tres grageas verdes. Las consumí. Eran un sedante. Me tranquilicé. Poco más tarde, mis indecisiones e irritabilidades habían cedido, en parte. La computadora era un buen médico.

Pero mi mente siguió distraída durante la proyección de una serie de filmes documentales. Opté por cancelar la sesión, eligiendo música clásica y unos comprimidos de bebida alcohólica. Sentía cierta somnolencia, a causa de los sedantes recomendados por la computadora.

Creo que me hubiera dormido escuchando a Brahms, bajo los efectos del alcohol con sabor a *whisky* que contenían las cápsulas deshidratadas.

Pero de repente, sin que pudiera entender la razón, ni prever siquiera de modo remoto su funcionamiento, parpadeó una luz roja en el muro metálico, frente a mí, y una sirena ultrasónica eliminó toda clase de música y de sonidos, para proyectar, sobre los auriculares especiales de mis oídos, su especial zumbido de alarma.

¡Alarma!

Luces rojas, y ultrasonido de alarma, que sólo yo podía percibir.

Era el sistema de emergencia total, dentro del refugio. Y solamente podía funcionar por una razón en el mundo.

Una razón imposible de todo punto, dadas las circunstancias.

¡Alguien había entrado en mi refugio!

Alguien había entrado en el refugio...

Era imposible.

¡Alguien!

Eso significaba... un ser viviente. Un ser humano, acaso.

En un mundo extinguido, donde solamente estaba yo... *alguien* había atravesado las barreras invisibles de seguridad del refugio. Solamente en ese caso actuaba la alarma.

Inmediatamente, se me ocurrió una posibilidad diferente. Corrí a la computadora. Marqué el botón de consulta urgente, mientras contemplaba, como hipnotizado, el rojo fluorescente de la pantalla, con el indicativo bien claro expuesto allí, con letras grabadas electrónicamente:

ALARMA EMERGENCIA MÁXIMA

La pregunta fue respondida automáticamente con una cartulina roja que ya me esperaba. En ella, una sola frase grabada por la máquina:

ALGUIEN EN EL REFUGIO

Ya no había dudas. No estaba solo.

Pero en un mundo donde suponía que no había nadie sino yo, donde la atmósfera exterior era irrespirable y la contaminación mundial absoluta y mortífera... ¿quién podía haber entrado en un refugio inexpugnable, hecho de hormigón, metales indestructibles, y sistemas de control y de seguridad a base de células fotoeléctricas, mecanismos magnéticos, y todo cuanto pudiese garantizar mi aislamiento de cualquier riesgo?

No importaba la respuesta, después de todo. El peligro existía. La computadora y el sistema de alarma, que funcionaban por caminos diferentes, no podían cometer idéntico error.

Por tanto, había alguien vivo en mi refugio subterráneo.

Y era cuestión de impedir que llegase a mí.

Fuera quien fuese, yo tenía que evitar el menor contacto con alguien llegado del exterior. Los últimos datos computados confirmaban la existencia de aire letal en la superficie. Por si acaso, los requerí de nuevo.

La contaminación aún era mortífera. Total y absolutamente mortífera. No era posible que nadie sobreviviera en ella. Nadie humano, se entiende. Y menos aún, que su simple contacto, su proximidad con el propio ambiente esterilizado del refugio, no

convirtiera mi hogar subterráneo en una auténtica tumba de muerte para él... y para mí mismo.

Era preciso evitar que me alcanzase. Incluso verle, era un peligro mortal. No ya tocarle, que entraba en el terreno de lo inadmisible.

La mejor forma de evitar el peligro era destruirlo.

Destruir a un ser viviente. Fuese como fuere..., un ser viviente. Destruir era matar. Matar...

Me resultó raro aquel término. Raro y horrible.

Yo no quería matar. Nunca había matado a nadie, ni siquiera antes de aquello, antes de que, siendo muchacho, mi padre me introdujese allí, en un simple período de pruebas..., que resultó definitivo. Porque en tal período de entrenamiento, me sorprendió todo.

Ni un pajarillo, ni un insecto. Nada. No había matado a nada que estuviese dotado de vida, por insignificante que la criatura fuese.

Y ahora, precisamente *ahora*, me veía abocado al gran dilema: matar.

Matar, justamente cuando creí que no había nadie sino yo. Y si éramos solamente *dos* los seres vivientes... ¡tenía que matar al otro!

O el otro, aun sin deseirlo, nos mataría a los dos. A mí, y a sí mismo.

Estaba decidido. De cualquier modo, consulté con la computadora, mi única compañía en la soledad eterna del refugio. Escribí rápidamente en el teclado, programando la pregunta:

«¿Qué hago con el intruso que ha provocado la alarma...?».

La computadora funcionó con suave zumbido. No tardó en aparecer la respuesta, en una cartulina impresa.

«Destruye. No existe otra solución». «Destruye». Era la respuesta. Destruir...

No vacilé ya. No había lugar. La indicación computada era lo bastante concluyente y, por si fuera poco, coincidía con mis pensamientos, aunque no con mis escrúpulos.

Abrí un armario que nunca pensé utilizar. En él estaba señalado: «Abrase únicamente en caso de defensa».

Había diversas armas proyectadas en el pasado. Eran válidas, imaginé, porque la Humanidad hacía dos siglos largos que no existía. Por tanto, no se pudieron perfeccionar, a menos que

existiera alguna otra sociedad viviente sobre el mundo, cosa imposible, por el grado de contaminación existente.

Elegí una pistola liviana, que disparaba proyectiles eléctricos de potente carga explosiva, y un tubo lanzador de gases letales. Creí que sobraba para semejante tarea. Si me veía precisado a una lucha más cercana, de poco valdría que aniquilase a mi enemigo. El contacto con él, era la muerte.

Me encaminé a la puerta hermética de la cámara donde me había sorprendido la señal de alerta. Todas las puertas se abrían automáticamente, al detenerme ante ellas. Mi placa magnética del cinturón las hacía actuar así. Nadie podría hacerlo, a menos que dispusiera de un magneto de similar intensidad, graduado para activar aquellos mecanismos, cosa harto imposible.

Pero aun con toda esa seguridad en torno mío, había «alguien» cerca de mí, dentro del recinto aislado donde mi padre pensó que yo sobreviviría a la hecatombe de mi propio planeta.

Salí al largo corredor, iluminado de intensa luz azul. Los detectores murales, a ambos lados, parpadeaban en silencio. Su luz roja, centelleante, señalaba la alerta general.

En mis audífonos microscópicos, incrustados en los oídos, seguía vibrando la señal ultrasónica. Su propia intensidad detectaba la proximidad o alejamiento del sujeto. Al avanzar por el corredor, su vibración aumentó gradualmente, de modo sensible.

Me estaba acercando al intruso. O él a mí.

Fuese como fuere, la vibración iba *in crescendo*. Eso significaba algo. Pronto nos encontraríamos.

Y si él no era más fuerte que yo, si él no me destruía..., yo le destruiría a él.

Capítulo III

EL corredor terminaba en la puerta de acceso a las piscinas. Después de las piletas cubiertas, bajo rayos solares artificiales, estaban solamente los colectores de aguas purificadas, almacenadas durante siglos en depósitos constantemente purificados por sistemas automáticos, dependientes de mi propio refugio. No había en esa agua posibilidad alguna de contaminación, aunque procedía de grandes cisternas aisladas, próximas al refugio

Sub-Once,
que era el mío.

Resultaba raro pero... a medida que me aproximaba a aquella zona de las piscinas, en las que habitualmente ejercía yo mis dotes de nadador, para mantenerme en forma y dar a mi cuerpo contacto con las aguas, la indicación de alerta continuaba.

El intruso, fuese quien fuere, estaba en aquella zona del reducto subterráneo. Los sistemas de alarma actuaban siempre bajo el impulso de su simple presencia y proximidad a mí mismo.

—¿Por dónde pudo entrar? —me pregunté a mí mismo, en voz alta.

Porque para no terminar condenado al silencio total, que abarcase a mis propias cuerdas vocales, acostumbraba a hablar conmigo mismo, en interminables monólogos, que no eran sino la expresión fonética de mis propios pensamientos. Una forma sonora, obligada casi, para no enloquecer, de hablar con alguien. Aunque ese alguien fuese yo mismo.

Y mi pregunta no obtuvo respuesta de mis labios, porque no la tenía. La forma en que un intruso pudo haber atravesado los sistemas de seguridad de mi refugio, era algo inconcebible, por el momento, para mí, y como tal cosa fuera de mi entendimiento la tenía que aceptar, en tanto no hubiera una explicación razonable de todo ello.

Los muros que me rodeaban, en hipótesis cuando menos, eran infranqueables. El hormigón y las estructuras exteriores, antirradiativas, unidas a la propia profundidad del emplazamiento de las galerías, daban a mi vivienda una seguridad y hermetismo fuera de toda duda. La prueba es que la más leve novedad en su aislamiento, era inmediatamente detectada y acusada por los sistemas de seguridad internos.

Entonces... ¿en qué forma podía llegar allí alguien del exterior que, además, ignoraría forzosamente la existencia y emplazamiento de mi último reducto de hombre solitario y desesperado?

Porque, aunque no quisiera reconocerlo, aunque pretendiera decirme a mí mismo que mi padre me educó y moldeó para un destino similar..., interiormente, me decía, con total sinceridad, que nadie, ni siquiera yo, podía adaptarse a semejante forma de vida. Ni admitirla como lógica, pensando que una vida eran muchos más años de los que yo llevaba conscientemente allí dentro, tras el largo período de hibernación, y ya había empezado a sentir ahora síntomas de irritabilidad, de nerviosismo, de impaciencia.

La piscina estaba tranquila. La contemplé, empuñando con mi mano enguantada, muy firme y segura la pistola. Su superficie era azulada, casi de reflejos verde esmeralda, de aguas apacibles y transparentes.

Nadie podía refugiarse en ella. Rodeé su forma oblonga, ovoide, sentí bajo la presión de mis dedos, enfundados en aquel tejido liviano y flexible, sumamente hermético a radiaciones y contactos con el exterior, la solidez de la culata de aquel arma ligera, pero poderosa, capaz de electrocutar y volatilizar, en décimas de segundo, a cualquier forma viviente.

Mi cuerpo, todo, iba envuelto en aquella materia metalizada, crujiente y ligera, lo mismo que mi cabeza se protegía con el casco flexible, transparente, increíblemente resistente y fuerte, pese a su apariencia, de todo riesgo externo.

Me detuve ante la compuerta de colectores. Era la única salida posible, desde aquella cámara. Y tras esa compuerta, los colectores iban a morir en los depósitos subterráneos de agua.

No había entrada posible. Pero quien hubiera entrado, yo no sabía cómo, lo hizo por ese lado. Mis sistemas de detección así lo acusaban, sin lugar a dudas.

De modo que avancé, resuelto, y, a medida que daba un paso tras otro, mis sistemas de alerta acentuaban su zumbido en los oídos, aunque de un modo extraño, dado que era una onda de ultrasonido, sólo sensible en realidad a mi cerebro, a través del sistema detector aplicado a mis oídos, y sólo en funciones cuando surgía un caso de máxima emergencia como el actual.

Entonces lo supe, con total seguridad: mi enemigo estaba tras la compuerta metálica.

El invasor había penetrado a través de los conductos acuáticos. Y le separaba de mí solamente una distancia muy corta. Aunque las señales de alarma no lo hubieran acusado así, me lo hubiera dicho mi propio instinto, agudizado ante la emergencia.

Pero, a pesar de ello, no retrocedí. No era el camino. No era la solución. Avancé, resuelto.

Dispuesto a morir, si era preciso Pero antes de eso, dispuesto a matar.

Mi mano se apoyó en una placa incrustada en el muro. Oprimí con fuerza. La compuerta empezó a abrirse, sobre el compartimento estanco que daba acceso, por un túnel plástico, transparente, como un gran tubo de vidrio flexible, a través de las aguas a diferente nivel, hasta las esclusas de los colectores de agua pura, no contaminada.

Tenía que adentrarme por aquella ruta, en busca de algo o alguien a quien no conocía, y de cuya naturaleza misma nada podía saber, puesto que era una incógnita para mí cualquier clase de vida, procedente del exterior.

Un humano normal, como era yo, no podía, ciertamente, sobrevivir fuera de aquel reducto. Por tanto..., aquél a quien tuviera que enfrentarme, suponiendo que fuese uno solo no sería humano.

La idea resultaba poco tranquilizadora. Pero ya lo era de por sí la seguridad de que un intruso se hallaba dentro de mi recinto personal, donde había pasado siete años de vida consciente, en solitario... y otros doscientos de total inconsciencia, en mi hibernación prolongada, mientras, afuera, era imposible la existencia de organismo alguno, y el tiempo debía de ser anulado en una suspensión animada.

El muchacho adolescente que era yo cuando ingresé en aquel

refugio, para acostumbrarme a él en un período de prueba, ya era un adulto sólido y formado, consciente de lo que le rodeaba, y hecho a la idea de una supervivencia en solitario, de un largo viaje hacia la nada, puesto que, cuando llegase el momento de morir, mi muerte sería tan inútil como había sido mi vida.

Sin nada que dejar como herencia, sin herederos o semejantes que dejar con vida en el planeta, ¿valdría de algo haber sobrevivido al caos?

Era mejor no darse ninguna respuesta. Las que se me ocurrían, distaban mucho de ser agradables ni confortantes.

Pasé al compartimento estanco, y de él, al tubo de flexible materia vidriosa que discurría por las aguas interiores del colector general, hasta terminar en otro compartimento estanco que, por nada del mundo, debía atravesar. Más allá, estaba el muro de seguridad, la protección final para mi persona y mi refugio. Y más allá..., el mundo.

El mundo, con sus nubes de muerte, con sus vientos radiactivos, con su contaminación letal de siglos...

Avancé, resuelto, por el largo cilindro que flotaba en las aguas, rodeándome con sus curvas paredes cristalinas, blandas, flexibles, flotantes en el líquido elemento transparente, azulado, purificado por los sistemas de limpieza interior, que convertían las aguas en un líquido carente de toda radiación o elemento de contaminación. Las mismas aguas que, más tarde, servían para hidratar mis alimentos, mis licores, o para bañar mi cuerpo, ávido de humedad y de frescor en su eterno encierro bajo muros de metal y hormigón, allá en el profundo subsuelo terrestre.

De repente, me detuve. Un sudor frío empapó mi piel. Su propia evaporación parcial empañó el vidrio plástico de mi caperuza de seguridad. Pero pronto se diluyó el vaho, al accionar el sistema de regulación interior de mi traje aislante.

Allá, frente a mí, la compuerta final del tubo de vidrio plastificado, la que conducía fuera del cilindro subacuático... *estaba abriéndose lentamente.*

Aferré el arma con fuerza. Contuve el aliento. Sentí el escalofrío, alcanzando de modo incisivo mi nuca, tras subir por la columna vertebral.

No había medio alguno de que aquello funcionase

automáticamente, bajo pretexto alguno. Si yo no accionaba la compuerta, ésta no se movería en absoluto. Y yo no había hecho cosa alguna, en ese sentido.

Por tanto, *alguien* lo hacía, ahora, en mi lugar.

El intruso y yo íbamos a encontrarnos cara a cara, un momento más tarde.

Me dispuse a apretar el resorte de disparo de mi arma eléctrica. Apunté con decisión al final del cristalino corredor cilíndrico, bailoteando ligeramente, con las piernas muy abiertas, sobre el suelo curvo de aquella especie de enorme tripa transparente, flotante en aguas subterráneas.

La compuerta terminó de abrirse. Clavé mis ojos en aquel hueco circular.

Y le vi.

También él me vio, en aquel momento.

Nos quedamos contemplándonos el uno al otro, en una tremenda, muda y dramática situación. Sin movernos. Sin parpadear. Sin hacer movimiento alguno, defensivo o agresivo.

Nos miramos con idéntico y terrible estupor.

—Dios mío... —murmuré.

Dios mío...

Era aquello. Tenía, al fin, la respuesta ante mí. Una respuesta a miles de preguntas agolpadas durante unos breves minutos de tensión en mi cerebro.

Y todo resultaba tan simple, tan increíblemente sencillo...

El monstruo que yo había esperado ver ante mí. El ser de otra nueva forma de vida, la criatura de materia y de estructura ignorada... Acaso un alucinante producto de la nueva era de caos y horror... Acaso un mutante, horrible y dantesco.

Todo eso estaba respondido ahora. El «monstruo» era, simplemente esto.

Un ser humano.

Un hombre como yo mismo. Un hombre...

—Cielos, es imposible... —murmuré.

Y mi sistema de audición y emisión de sonidos al exterior, funcionó. Me escuché a mí mismo. Y él también tuvo que oír mi voz.

Pareció asombrado. Me contempló con ojos muy abiertos.

—De modo que..., que habla mí mismo idioma —dijo, al fin, con voz ronca, estremecida.

Yo le hubiera preguntado igual, pero era ridículo. Claro que hablaba su idioma. Y él hablaba el mío. Era curioso. Su voz, aunque bronca y fuerte, de matices metálicos, era perfectamente humana y normal. La primera voz que yo oía por cauces naturales, y no por simple reproducción, en un período de doscientos veintisiete años. El primer hombre, tras la despedida a mi padre, que veía y escuchaba, en aquel refugio subterráneo, hermético a todo peligro externo.

—¿Quién es usted? —pregunté, con aspereza—. ¿De dónde viene?

No habló, en principio. Me estudiaba con frialdad, dominando su sorpresa inicial. Yo, a mi vez, le examinaba también a él críticamente, con mi mano aferrando todavía el arma que podía pulverizarle en un solo instante.

No llevaba escafandra, no lucía guantes, siquiera. Vestía una indumentaria color plata oscura, al parecer metálica o plastificada, ajustada a su cuerpo alto, vigoroso, de una potencia atlética que ni siquiera en los noticiarios de las Olimpiadas había yo podido advertir antes.

Era un verdadero coloso, al menos más alto que yo en la diferencia de su cabeza. Y mi estatura era considerable. Tenía un raro matiz de piel. Me pregunté si era una enfermedad mortal. Su epidermis brillaba como si fuese metálica, y tenía el color del bronce. Su cabello era muy blanco. Tan blanco, que parecía nieve hilada. No parecía canoso, sino dotado de esa deslumbrante coloración en su totalidad.

Cosa curiosa: No llevaba nada en las manos. Ni un arma, ni una herramienta. Y, por lo que podía ver, tampoco en su cintura. Aparentemente, estaba desarmado por completo.

—¿Quién eres? —insistí.

Esta vez, sí respondió. Con su voz profunda, escueta, metálica:

—Mi nombre, poco te dirá. Me llamo Mannex. Procedo del exterior.

—El exterior... —Me estremecí—. Entonces, eres un contaminado.

—No —negó—. Ningún contaminado sobrevive.

—Pero vienes del exterior. Y el exterior está contaminado.

—Cierto. Sin embargo, veo que llevas un detector de radiaciones en tu cintura. Utilízalo. Te dirá la verdad.

Aquel hombre sabía de instrumentos científicos, pensé. Estaba quieto, alejado de mí. Mi traje podía ser mi defensa contra la radiación. Pero no podía someterme a un riesgo prolongado. Pulsé el detector de radiaciones, siguiendo sus instrucciones. Examiné su vibración. Un punto luminoso, sobre la esfera, marcó un nivel: 0'3.

Distaba mucho de ser una radiación peligrosa. Ni siquiera llegaba al grado mínimo de peligro. Perplejo, confirmé ese punto, y estudié al intruso, que sonreía. Sus facciones eran duras, angulosas, como talladas en metal o en piedra. Su rostro brillaba con bronceos reflejos. Sus dientes parecían de aluminio, tal era su plateada blancura.

—Parece cierto —dije—. Pero si vienes del exterior, ¿cómo es eso posible, extranjero?

—Te lo diré más adelante, si me permites aproximarme.

—¿Aproximarte? Puede que no seas radiactivo. Pero sí es posible que seas un enemigo.

—No podemos permitirnos el lujo de ser enemigos —rió, entre dientes—. Somos tan pocos...

—¿Pocos? —arrugué el ceño—. Creí que estaba yo solo.

—Siempre se piensa eso, mientras no se ve a otros —suspiró él—. También pensamos nosotros estar solos...

—¿Vosotros? —puntalicé—. ¿Sois más?

—Sí, somos más —no aclaró cuántos. Me examinó, pensativo—: ¿Cómo te llamas tú?

—Es igual —me encogí de hombros—. Tuve un nombre hace siglos. Lo olvidé. No significa gran cosa. He nacido con esto, puede decirse. Era un niño el que se hundió en el letargo de la hibernación de doscientos largos años. Ahora, soy un hombre. Otro hombre. Vale más olvidar todo aquello. Empezar de nuevo, en suma.

Todo partió de cero. Por eso me he puesto un nombre para escribir mis memorias. Unas memorias que nadie leerá nunca, claro. Para registrar los datos de mi vida actual... utilizó un nombre nuevo: Zero.

—Zero... Sí, es un nombre sugestivo. Casi un símbolo —rió de buena gana, mirándome con algo que, más que agresividad o

recelo, me pareció simpatía—. ¿Has sobrevivido solo, en este recinto?

—Hasta hoy, sí —dije, escéptico.

—No hay motivo para que no continúe tu supervivencia —me replicó—. No soy un enemigo. Ni un peligro para tu existencia.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Acaso eres... un amigo?

—¿Amigo? No sé... La palabra «amistad» dejó de tener sentido, cuando dejó de existir una sociedad. Tal vez podríamos ser más exactos afirmando que somos... aliados. Eso es: aliados en una situación común. En un mismo riesgo de extinción.

—Vienes sin armas, al parecer.

—No, al parecer, no. Vengo sin armas —extendió sus manos abiertas, con elocuencia.

—Pero has entrado en mi refugio. Y lo creía inaccesible desde el exterior.

—Nada es completamente inaccesible, si uno quiere alcanzarlo, Zero.

—¿Tú querías alcanzarlo? —dudé.

—Descubrí un refugio. Detecté una presencia viva. Quise confirmarlo. Vale la pena localizar a alguien que aún sobrevive, créeme... —Respiró hondo—. ¿Conoces..., conoces el exterior... tal como es ahora?

—No —me estremecí. Cerré los ojos—. No me gustaría conocerlo.

—Eso no importa. Lo veas o no, está ahí. Es nuestro mundo actual. Lo que queda de él. No es agradable, claro. Ni hermoso Pero empieza a ceder la contaminación mortal. Dentro de poco, será incluso habitable..., si quedamos alguno para habitarlo. Sólo que habrá que terminar con muchas cosas que ahora viven en su superficie.

—¿Viven? —Sentí cierto horror indefinible—. ¿Qué es lo que puede vivir, en grado mortal de contaminación? Creí..., creí que todo estaba muerto, aniquilado.

—Lo estuvo en el principio. Luego, como ocurre siempre, algo empezó a crecer. Algo tomó vida, algo se adaptó a las nuevas exigencias del clima, de las particularidades de superficie... Sería

difícil explicártelo. Sólo cuando lo veas, podrás entenderlo.

—No pienso verlo —rechacé—. Me quedo aquí, en mi refugio.

—¿Aquí? —Me miró, pensativo. Luego, sacudió la cabeza negativamente—. No puedes.

—¿Qué estás diciendo? —mascullé—. ¡Es mi hogar! ¡No puedo abandonarlo, o moriré!

—Morirás de igual modo, si permaneces en él —suspiró—. No es inaccesible. Acabo de probártelo. Igual que he entrado yo, entrarán «ellos».

—¿«Ellos»? —La palabra me provocó un escalofrío, sin saber por qué—. ¿Quiénes son... «ellos»?

—Lo sabrás cuando los veas —murmuró. Dio dos pasos hacia mí—. Debes convencerte, Zero. He venido a avisarte. Estás en peligro de muerte...

—¡Cuidado! —avisé, sibilante, adelantando mi brazo armado—. ¡No te muevas!

—Luchas contra un imposible —jadeó el hombre de piel metálica—. Crees que éste es un santuario eterno. Y no lo es. Lo sería, quizá, si solamente tuvieras que luchar contra las radiaciones. Pero están «ellos». Son inteligentes. Muy inteligentes. Están buscando a los que sobrevivimos. Nos encontrarán, no lo dudes. Y cuando eso suceda, nada ni nadie va a salvarnos, a ti o a mí. Su decisión es inflexible: la destrucción de todo lo que signifique el viejo orden. La ejecución de todo superviviente, normalmente humano.

—Normalmente humano —repetí, angustiado—. Entonces, si «ellos» no son humanos..., ¿qué son?

—Lo sabrás muy pronto. En cuanto los veas ante tus propios ojos.

—¿No es fácil describirlos, tal vez?

—Quizá sí. Pero son cosas que vale más esperar a conocerlas uno por sí mismo. A fin de cuentas, tienes que verte ante ellos, tarde o temprano. Más tiene de temprano que de tarde, sospecho.

—Pareces muy seguro de que te creeré y te seguiré.

—No tienes otro remedio. Este refugio está condenado de antemano. Nada escapa a su búsqueda, a su rapiña. Aquí no estás seguro.

—Poseo computadoras, armas, procedimientos para defenderme,

para luchar...

—No lo dudo. Sé lo que es un refugio de los que se hicieron para los supervivientes... Pero sé también lo que son «ellos». No servirá de nada, créeme. Son mucho más astutos que yo. Entrarán sin que tus alarmas funcionen.

—¡No son capaces de anular el sistema de detectores! —rechacé.

—Claro que son capaces. De eso y de más. Primero estudian el terreno que deben atacar. Cuando lo tienen todo medido... atacan. Y sin fisuras ni resquicios. ¿No quieres creerme? Bien. Entonces, quédate. Y enfréntate tú solo a tu destino.

—No hay nada que me garantice que, contigo, va a mejorar la situación.

—Sin embargo, así es. Poseo lo que tú no tienes. Lo que puedo ofrecerte para encontrar una oportunidad, por remota que sea, de evadirte del peligro inminente, de alimentar esperanzas, de luchar por la supervivencia, todavía más.

—¿Qué puedes ofrecerme? ¿Nuevas armas?

—No. Un vehículo.

—Un... ¿qué? —indagué, perplejo.

—Un vehículo. Algo con que alejarnos de aquí definitivamente, ¿entiendes?

—Claro que entiendo. Un vehículo... —recordé el actual estado de cosas. Sacudí la cabeza—. No tiene sentido, Mannex. ¿Qué clase de vehículo puede circular por un mundo contaminado y mortífero, sin ser contaminado a su vez?

—El microflash.

—¿El... microflash? —repetí, incrédulo.

—Eso dije. Es idóneo para la situación actual... porque está creado *ahora*. Justamente para las necesidades imperiosas de hoy en día.

—Creado..., ¿por quién? —insistí.

—Por mí. Por nosotros.

—¡Vosotros! —repliqué con aspereza—. ¿Es que sois varios...?

—Sí —sonrió—. No muchos Pero varios. Estoy lejos de los demás, ahora. Es preciso alcanzarlos, reunirme con ellos. Cuanto más unidos estemos, cuantos más seamos, tanto mejor.

—Cuando hablas..., no pareces humano del todo —suspiré. Mi sorpresa fue rotunda, cuando me replicó:

—He sido humano como tú, Zero. Pero ahora..., ahora soy algo muy diferente. Lo bastante para sobrevivir contra la radiación y absorberla.

—¡Absorberla! —gemí—. ¿Es así como reacciona vuestro organismo?

—Sí, Zero. Somos... HOMBRES RADIATIVOS. Nuestra piel se hizo una fibra metalizada, al contacto de las radiaciones constantes. Evolucionamos en una mutación imprescindible para sobrevivir. Ahora... ese metal forma parte de nosotros. Y no es ninguno de los conocidos, sino una materia viva, pero de tipo mineral. Nuestra propia radiación es contraria a la normal en las armas letales, y absorbe y ANULA la radiación mortífera.

—Mannex, todo eso suena tan fantástico...

—¿Más que hablar de un planeta extinguido hace doscientos años... y de un sueño hibernador de dos siglos? ¿Más que hablar de supervivencia en un mundo semejante?

—Tal vez tengas razón en todo —murmuré, angustiado—. Pero..., pero tú... puedes soportar lo de afuera. ¿Y yo? ¿Qué será de mí, cuando se someta mi pobre físico humano a una radiación por encima de un grado Haussmann?

—Morirás —dijo simplemente él.

—¿Entonces...?

—Por eso te dije que debes venir en mi vehículo. El microflash te llevará adonde pueda arreglarse eso...

—¿Arreglarse... mi organismo, para soportar la radiación? —dudé.

—Sí. Eso, y algo más. Es tu supervivencia, piénsalo. No tengo por qué engañarte.

—¿Por qué insistes, entonces? ¿Por qué te esfuerzas en convencerme?

—Porque te he encontrado, Zero. Porque eres, tal vez, el único ser absolutamente humano que sobrevive en el planeta. Y en todos los planetas, claro. Vale la pena que te salve. Somos tan pocos, Zero, que uno más entre nosotros, aunque sea diferente a mí, a mi pueblo de semejantes... será siempre bien recibido. Los pocos que quedamos, debemos permanecer unidos. Muy unidos... hasta el fin, sea éste cual fuere, Zero, amigo...

Me había convencido. No sabía aún si esto constituía un peligro

peor que aquél representado por unos seres oscuramente denominados como «ellos». No sabía si los hombres metálicos, los seres de piel radiactiva y fibra metalizada, eran realmente sinceros conmigo en este momento. Yo sólo sabía que debía aceptar la invitación de aquel intruso. Correr el gran riesgo. Jugármelo todo a una carta. A mi propia decisión.

—Está bien —dije, al fin—. Me voy.

—Oh, cielos... —le oí suspirar—. Celebro eso, Zero. Ya era hora. Vamos, hemos perdido un tiempo precioso.

—Sí, vamos. Pero antes, déjame recoger algunas cosas...

—¿Qué cosas...? —Se impacientó—. Tenemos poco tiempo...

—Lo supongo. Pero algo del pasado permanece aquí conmigo: filmes, grabaciones, alimentos concentrados, medicamentos... Cosas que no quiero dejar totalmente. Déjame llevar un pequeño equipaje sobre mis mismas ropas. Lo más necesario...

—Conforme —aceptó—. Ve deprisa. Te espero aquí. No necesito visitar tu refugio. Y no te dejes vencer por la duda o el temor, una vez te veas solo en tu reducto. Si tardas más de diez minutos en regresar, sabré que has decidido quedarte. Y me iré. Pero nunca más podré regresar. Y antes de que salgas de aquí, antes de que tengas la más mínima ocasión de sobrevivir... «ellos» caerán sobre ti sin remedio, no lo olvides.

—No lo olvido —suspiré. Y me alejé de él, con unas pocas palabras más—: Diez minutos, Mannex. Ni uno más...

Capítulo IV

Diez minutos.

NI uno más. Acaso alguno menos.

MANNEX respiró con alivio, al verme volver. Le noté impaciente. No hizo comentario alguno ante la bolsa plástica, plana, que se amoldaba a mis hombros, como una liviana carga preciosa, hecha de recuerdos de una civilización perdida, de un tiempo que, mejor o peor, era el único que existió en mi vida.

Ellos acaso no lo entendían. Eran otra gente, otra raza. Habían roto con el pasado. Y con su origen humano, incluso.

Su naturaleza reaccionó así. Se hicieron más fuertes y herméticos. La mutación les hizo más radiactivos que la propia radiactividad, pero en un sentido neutro, que no era letal para quien estuviera junto a ellos. Ni para sí mismo. Era producir una radiación vital, para absorber otra letal. Una ley de compensación primaria, en un ente vivo. Un prodigio biológico, hubiera dicho un científico. Pero yo, aunque tuviera una amplia cultura científica, no era propiamente científico. Ni me importaba no serlo. Sólo tenía los conocimientos precisos para sobrevivir.

Si es que se podía sobrevivir fuera de aquel reducto donde mis padres me dejaron aquel remoto día nunca olvidado.

—Vamos —había dicho Mannex, al reunirme con él—. Me temo que haya menos tiempo aún del que imagino...

No le pregunté por qué. Tal vez hubiera sido inútil. No era

momento de largas explicaciones. Mannex era hombre de acción. Y cuando actuaba, lo hacía con rara y fría precisión, como pude comprobar muy pronto.

Salimos del tubo de plástico. Para mi sorpresa, vi flotar algo en el agua de la cisterna. Junto a la salida del corredor cilíndrico.

Su vehículo.

El microflash.

No sé de dónde le vendría el nombre. Tal vez por lo diminuto. Tal vez porque, una vez en movimiento, fuese realmente una centella, una chispa vertiginosa.

Era un disco. Un disco oblongo, algo grueso en su centro. Una cabina angosta, sin duda. Con visores de materia vidriosa, tal vez resistente a muchas cosas. Me lo mostró.

—Parece pequeño —dijo—. Tiene capacidad para tres plazas, en el peor de los casos. Muy justas, pero tres.

Y un leve equipaje, incluso. El mecanismo es sencillo. Actúa a reacción, con un diminuto sistema motriz de baterías iónicas. Entra primero. Yo te sigo.

Al abrir la compuerta estanco, observé que, con el nivel del agua ascendente, penetraba el microscópico vehículo. Era de un color rojo brillante. Una puertecilla ovoide se abrió, sin ruido, mecánicamente. Observé los asientos, que eran como los de los antiguos coches de carrera de fórmula uno, que yo veía en los noticiarios. Alargados, con un soporte para el torso, con el resto del cuerpo cómodamente extendido. Dentro, el aire era suave y limpio. Había una tenue luminosidad, y un tablero de mandos con unos escasos botones y un teclado. Todo simple y práctico. Sin complicaciones.

Me acomodé fácilmente. Era confortable su muelle suavidad. A mi lado, se situó Mannex.

Poco después, tras presionar una tecla, el microflash partía velozmente... a través de las aguas de la gran cisterna, hacia algún punto que yo no comprendía aún, puesto que la cisterna, al menos en lo que a mi conocimiento se refería, siempre fue hermética, y sin enlace con el exterior.

Estaba en un error, esta vez.

Algo había perforado un muro del gran recipiente de agua potable. Era un boquete circular, no muy amplio. Pero con

suficiente capacidad para el vehículo diminuto en que viajábamos a centelleante velocidad. La capacidad de maniobra de la pequeña nave, me dejaba asombrado.

Penetramos por el orificio. Mannex volvió hacia mí su rostro levemente sonriente, pero inexpresivo, como si en realidad le hubieran tallado, desde un principio, en bronce.

—¿Sorprendido? —preguntó.

—Un poco —admití.

—¿A causa de esa abertura? —me interrogó.

—Sí, es uno de los motivos. No sabía que hubiese ninguna, aquí.

—No la había. Yo la abrí.

—¿Tú? —me asombré.

—Desde aquí dentro —explicó—. Un rayo perforador. De haberme marchado solo, lo hubiese cerrado con otro rayo soldador. Pero ahora ya importaba poco que haya un conducto o no. «Ellos» llegarán pronto allí, lo haya o no lo haya.

—Siempre «ellos»... —Me sentí irritado.

—Sí, siempre «ellos» —suspiró—. Te acostumbrarás a eso, forzosamente. Es desagradable, pero real. Inexorable, Zero. No se les puede ignorar.

—¿Adónde vamos ahora? —quise saber.

—A sitio seguro. O que parezca seguro, Zero. No hay seguridad en nada, para ser sinceros. Uno tiene que habituarse también a eso. Estos conductos que recorremos... son viejos, antiguos pasajes subterráneos. Esclusas, ferrocarriles bajo tierra y túneles de seguridad. Cosa así, Zero. Recuerdos del pasado.

—Entiendo —miré a través de los visores, como fascinado. Sentí un escalofrío. Nuestra pequeña nave escarlata, iba hendiendo aguas más turbias y cenagosas, que una luz brillante, partiendo de la proa de nuestro disco veloz, alumbraba todo como si fuese pleno día—. Todo lo invadió el agua, según parece.

—Sí. Hubo algún cataclismo. Cuando ya no quedaba nadie. El mar se adentró en el continente. Ciudades enteras reposan bajo toneladas de agua. Son como restos de un colosal naufragio, Zero. Nada de sentimentalismo, espero.

—No —apreté los labios—. Espero que no.

No dijo más. Yo tampoco pregunté. Estábamos avanzando por un enorme cilindro metálico, repleto de agua y fango. Vi cifras y

letras en sus muros. Nombres y numeraciones remotas. Recuerdos de la civilización que ya no era nada. Sentí un nudo en la garganta cuando leí algo familiar, al atravesar otro enorme conducto submarino, entre bloques de piedra musgosa y formas cóncavas...

SUBWAY. CENTRAL STATION

—Dios mío... —me oí susurrar a mí mismo—. El viejo Metro... ¡La ciudad...!

Era alucinante. Sentí que temblaba, de repente. Una emoción imprevisible, pasajera. Algo que estremecía mi ser. El impacto de recuerdos olvidados, de emociones perdidas...

Mannex no dijo nada. Él debía estar habituado a todo eso. Acaso lo recorrió mil veces en su vida actual. Quizá no le decía mucho. Eran cosas de «otros», no tuyas. Ya no. Su especie había evolucionado en una mutación diferente. Yo... seguía siendo yo. El muchacho, el mozalbete encerrado por su padre, para un período de pruebas. Para un largo, infinito período de pruebas hacia la eternidad...

Pero eso, entonces, nadie lo sabía. Cuando entré, era con la idea de volver fuera en cualquier momento.

Y ahora..., ahora había vuelto fuera. Aquello..., aquello era el exterior.

Leí nuevos nombres, algunos casi borrados ya por el agua y por el tiempo. Estaciones de Metro. Familiares. Muy familiares. Luego, unas galerías subterráneas que abrieron un día, a fines del siglo...

Las galerías. Dios mío, era terrible. Sencillo, y terrible a la vez.

Los escaparates y los miradores eran amasijos de algas y de musgo. Las paredes desaparecían bajo el verdor sucio. Las aguas depositaban toneladas de fango por doquier. Raras, pequeñas alimañas como reptiles, como anguilas sucias, desfilaban a ras del suelo aún embaldosado, roto en gran parte, donde se leían direcciones, cruces, nombres de establecimientos...

Todo eso iba quedando atrás, en un desfile increíble y dantesco. Mire las formas vivas que culebreaban en las aguas sucias.

—Simples unicelulares —me dijo—. Crecieron mucho, últimamente. Antes, ni con un microscopio electrónico se veían tan grandes. Ahora, las células solitarias son visibles a simple vista.

—Ya —dije roncamente, tratando de olvidar lo que había visto.

Seguimos viajando, en un tétrico silencio mutuo. Él se ocupaba del viaje, del rumbo, de tomar una serie de datos de unas esferas graduadas de los sencillos mandos de a bordo. Conocía, sin duda, el camino. No vacilaba nunca en la ruta a seguir.

De repente, la propia fuerza luminosa de nuestro rayo frontal, hendiendo las tinieblas de un mundo oscuro, en el subsuelo, me hizo temer algo.

—¿No podrán, tal vez...? —aventuré.

No me dejó terminar. Se volvió con una sonrisa.

—¿Descubrir la luz? —completó él. Y ante mi asentimiento, añadió—: No te preocupes por eso. La luz no pueden detectarla. Son ciegos. Absolutamente ciegos.

La noticia no me alivió lo más mínimo.

Ciegos...

La experiencia de mis propios conocimientos, me decía que no siempre la ausencia de órganos visuales en las criaturas vivientes, había sido motivo de inferioridad en algún terreno.

Y si «ellos» eran tan temibles siendo ciegos... ¿qué hubiera ocurrido, de estar dotados del don de la vista?

Estaba deseando verles. Lo temía, al mismo tiempo. Seguramente, no sería un trance agradable ni cómodo. Pero Mannex no había vacilado en ese punto: afirmó que, más pronto o más tarde, les veríamos y sabríamos y sabría yo *cómo* eran.

De momento, sólo podía imaginar, presentir, temer...

La nave roja era una auténtica centella, una chispa de luz en las tinieblas, viajando a velocidad de vértigo por aquel subsuelo caótico, por aquel inframundo estremecedor en su propio silencio eterno. Ahora comprendía bien la razón de su extraño nombre.

—Estas aguas están fuertemente contaminadas aún —me explicó Mannex, tras un silencio prolongado—. Pero la nave es hermética a toda radiación letal. Aquí dentro estás a salvo por completo. Y apenas salgamos de zona radiactiva, la nave misma destruye por sí sola toda radiación acumulada en su exterior.

Me admiraron sus progresos en ese terreno. La necesidad siempre forzaba al ser viviente a ir más lejos, en su lucha por sobrevivir. Parecían preverlo todo. Tenerlo todo resuelto.

Todo, menos «ellos».

Repentinamente, una claridad lívida asomó ante nosotros, entre

las ondas de agua que íbamos atravesando con la nave. Miré, con sorpresa. Una especie de desasosiego, de rara emoción, se apoderó de mí.

—Sí —dijo—. Es la luz. El exterior...

El exterior...

¡Dios mío, había soñado con este momento durante años enteros de forzado encierro en mi refugio! ¡Quizá, también, en mi estado de hibernación durante dos siglos, sin darme cuenta exacta de ello!

El exterior... ¡La luz del sol, del cielo, de la superficie de mi planeta!

Tragué saliva, emocionado. Continuaba viendo en torno nuestro. Agua y... edificios. Altos edificios de piedra, de metal, de vidrieras enormes, de encristaladas fachadas, ahora desnudas de todo vidrio...

Por todas partes, algas, líquenes, musgo, unicelulares flotando... Tardé en comprender.

Las palabras de Mannex fueron un mazazo para mí:

—Sí, Zero. Te lo dije. Hubo alguna convulsión. Es el mar. Seguimos viajando por el mar, pero más cerca de la superficie. Ésta..., ésta fue la ciudad. Tu ciudad. Tu gran ciudad, ¿no es cierto?

Me había prometido no emocionarme. Y no pudo ser. Estaba llorando. Llorando amarga, sombría, calladamente. Mannex me miró, ceñudo. Creí que me iba a reprender, pero no dijo nada, volviendo su atención a los mandos.

La ciudad... Mi ciudad.

Sí. Él tenía razón. Era aquélla Resultaba terrible, pero... era aquélla.

Mi ciudad de siempre. Yo nací en ella. Grande, enorme, gigantesca. Llena de incomodidades, como todas. Pero había sido mía. ¡Mía!

Ahora, tal vez era más mía que nunca. No había nadie con quien disputarla. Pero estaba allí... Vacía, sumergida. Hundida para siempre, hasta que otro cataclismo hiciera emerger las ruinas sobre las aguas, cualquier remoto día del futuro.

Estatuas, monumentos, edificios famosos, que yo había seguido contemplando en los microfilmes... Muchos de esos microfilmes nostálgicos, estaban ahora almacenados en mi mochila, sobre la

espalda... Sentí ganas de destrozarlos todos, de no contemplar nunca más la vieja imagen de aquello que ahora desfilaba trágicamente ante mí, en un mundo submarino, de luces lívidas y de aguas turbias.

—Lo siento —dijo Mannex—. Tenías que verlo, de todos modos. Te irás habituando a esto. Es diferente a lo que dejaste. Muy diferente. Uno se acaba haciendo a la idea, y lo contempla casi rutinariamente.

—Creo que me porté como un chiquillo —murmuré, cerrando los ojos, secándome las lágrimas.

—Fuiste un chiquillo, al dejar esto detrás de ti —comentó él, encogiéndose de hombros—. Es natural que te emocionaras. Ahora ya no eres un chiquillo, pero los hombres no siempre son los más fuertes.

—¿Tú no te emocionas ya? —indagué—. ¿Carecéis de emociones, vosotros?

—Casi por completo —convino con frialdad—. No son necesarias, hoy en día. Nos iremos extinguiendo lentamente. No habrá supervivientes, algún día. Hasta que surjan nuevas especies, nuevas razas evolutivas, y todo vuelva a empezar, Zero.

—¿Sin..., sin mujeres? —Me tembló la voz, como siempre que pensaba en ellas.

—¡Mujeres! —rió entre dientes mi compañero—. No sé de ninguna, amigo mío.

—Pero vosotros...

—Somos de esta Era, sí. Como si hubiéramos nacido hace unos años —negó con la cabeza de metálica apariencia—. Pero no es así... No nacimos hace unos años, sino, como tú, hace siglos. Nadie nos dejó en hibernación, que yo sepa. Debió sorprendernos el fin en alguna parte. Entre materias radiactivas. Perdimos la noción de todo. Olvidamos... Hemos recuperado esa noción de las cosas recientemente, pero no hemos recordado. Nuestro pasado se borró. Hemos vivido diez o quince años, no más. Nuestro cuerpo, acaso en hibernación accidental, empezó a evolucionar a un estado de metaloide nuevo... Las radiaciones nos atacaban, saturándonos, y el organismo se defendía a su modo, creando una energía diferente y antagónica, a la que nuestro físico se iba adaptando, en un lento proceso de siglos.

—De modo que todos cuantos vivimos... procedemos de..., de entonces —murmuré—. Incluso vosotros, los seres de energía y de radiación...

—No, no todos. «Ellos»... no. Son de ahora. De ahora mismo, Zero.

—¡Siempre «ellos»! —rugí, malhumorado—. Oh, cielos, creo que daría años de mi propia existencia, por verme delante de tales seres...

Mannex me miró en silencio. Luego, dirigió una ojeada al exterior, a la estela de luz proyectada por nuestra nave en el agua.

—No necesitas dar nada —dijo—. Ahí los tienes... Me volví. Los busqué, con verdadera avidez.

Sentí luego un escalofrío, al ver, por fin, a las criaturas llamadas «ellos»...

Capítulo V

«Ellos»...

—¡QUÉ horrible! —musité, angustiado—. Son... espantosos...

—ESPANTOSOS —convino—. Y es peor su fondo que su forma, Zero. Su aparente fealdad no es nada comparada con su maldad sin límites, con su crueldad sin precedentes...

Si era así, debían de constituir un enemigo mortífero y demoledor. Porque su propio aspecto físico era inquietante y repulsivo.

Además, me dio una rara impresión, cuando les vi moverse en las aguas, y busqué la mirada de mi compañero, casi con angustia, con verdadero pavor.

—Sí, Zero —me dijo él—. Piensas acertadamente. Nos van a atacar.

—¡Atacarnos! —mascullé—. ¿Cómo pudieron vernos ya...?

—No, no nos vieron. Recuerda que son ciegos. Sus restantes sentidos son tremendos. Nos han detectado. Ahora vendrán sobre nosotros.

Estremecido, contemplé a aquellos seres malignos, que se agrupaban entre ruinas de edificios sumergidos, sobre la cabeza de piedra, carcomida y gastada por décadas enteras de inmersión, de una gran estatua urbana, Y que se disponían a caer sobre la pequeña nave en que viajábamos Mannex y yo.

Eran medio hombres, Y medio peces. Extremidades de rana,

escamosas y brillantes, cubiertas de una baba pegajosa... Palmípedos casi, con garras membranosas, brazos como martillos, dotados de una especie de muñones cortos, como dedos mutilados... Cuerpo resbaladizo, viscoso, blando, rematado en una informe cabeza sin ojos, con membranas palpitantes en vez de ellos, una boca de pez redonda y temblorosa, y una especie de antenas como de crustáceo, emergiendo de su nuca gibosa.

Unos monstruos horripilantes, desnudos y amorfos, que bailoteaban como en extraños ritos, y que, de súbito, partieron como flechas, desde su emplazamiento, precipitándose hacia nosotros.

En sus manos, unas extrañas armas me fueron visibles, de pronto. Eran simples agujas como de vidrio, flexibles y vibrantes.

—¡Cuidado! —aulló Mannex, de repente, accionando con precipitación los mandos de la pequeña nave escarlata.

Nos precipitamos en una zambullida vertical, que depositó mi estómago virtualmente en el cuero cabelludo, tal fue la impresión. Y ya era tiempo. De otro modo, con un conductor menos diestro, allí hubiera terminado nuestra peripecia.

Algunos de aquellos seres anfibios, desfilaron cerca de nosotros, entre un torbellino de burbujas. Pero lo peor no fue eso, sino los latigazos fulgurantes que brotaron de sus cimbreadas agujas vidriosas...

Cada sacudida de aquellas armas, agitó nuestra nave tumultuosamente, haciéndola describir tumbos violentos. Danzamos dentro de ella. Creí llegado el momento final, en algún choque demoledor contra los edificios sumergidos.

Pero Mannex, frío y sereno siempre, logró hacer recuperar el equilibrio a la nave, y ésta, automáticamente, por algún procedimiento antichoque, repelió un muro, saltando atrás en las aguas, para no estrellarse.

—¡Ya vuelven esos monstruos! —chillé.

Mannex asintió. Se había dado cuenta de ello, y luchaba rabiosamente por eludir a tan temibles adversarios, con la mayor rapidez y precisión posible.

Los anfibios viscosos, cayeron ahora sobre la nave, golpeando sus visores de vidrio inquebrantable, y dejando en ellos jirones babosos de su epidermis escamosa. Les vi cerca, con sus horribles

rostros palpitantes y blandos, y sentí verdaderas náuseas.

Sus varillas de vidrio golpearon nuestro fuselaje, y las sacudidas y vibraciones hicieron crujir la nave, lanzándola, de nuevo, entre tumbos espectaculares, al fondo de las aguas, cerca de donde, en antiguos tiempos estuvo el suelo de mi ciudad...

Maldije entre dientes, sintiendo de nuevo aquel golpeteo feroz, mientras algo muy parecido a una constante descarga eléctrica agitaba todo mi ser, dando trallazos a mi cuerpo y miembros, provocando un dolor lacerante en mi cráneo.

—¡Esas bestias malditas! —rugió Mannex—. ¡Tengo que neutralizar sus trallas de energía, o nos despedazarán!

Y de repente, enmendó la ruta de la nave que descendía, y la hizo subir, vertiginosa, al encuentro de los hombres-peces, al tiempo que pulsaba un botón de los mandos.

Nuestra pequeña nave silbó como un proyectil en las aguas, a una supervelocidad imposible de resistir mucho tiempo. Con aquella celeridad virulenta, chocó de refilón contra los hombres-peces...

Fue terrible. Vi saltar pedazos de sus piernas y brazos, sus cabezas reventadas como bolsas de tinta de calamar, despidiendo un humor denso, verde oscuro, como vapor. El destrozo fue importante, y diezmó al grupo agresor.

Cuando ya tocábamos la superficie de las aguas, con mano firme, Mannex pulsó otro resorte.

Y al tiempo que la velocidad se reducía ostensiblemente, la nave saltó con un gigantesco brinco, fuera de las aguas..., y nos encontramos sobrevolando el mar.

Respiré hondo. Se estabilizó la nave. Miré abajo, a los charcos verdosos sobre la superficie marina, allá donde habían sido pulverizados los hombres-peces. En derredor nuestro, durante millas y millas de distancia, en una inmensa amplitud sin huella alguna de tierra firme, se extendía el mar. Mar y más mar, como si la Tierra, toda, se hubiera cubierto en su totalidad de agua.

—¿Y ahora...? —murmuré, tras recuperar el aliento.

—Ahora, a buscar las Islas —jadeó el hombre metálico.

—¿Las... Islas? —pregunté con voz ronca.

—Sí. Nuestro pequeño y reducido mundo actual, Zero. No creas, por lo que has visto, que esos seres son fáciles de vencer. Sencillamente, nos hemos encontrado con un grupo disperso, no

demasiado peligroso. Si los hallamos fuera de esta nave, en tierra firme, nuestras posibilidades serán nulas. Son anfibios, como habrás imaginado. Se mueven aún mejor en tierra que en el mar..., y son infinitamente más veloces que tú o que yo. Además, son silenciosos como la misma muerte. No se les oye llegar hasta que están ya encima de uno. Y eso significa morir sin remedio. Ellos nunca perdonan. Nunca hieren. Están hechos para matar. Para destruir cuanto existe...

—¿Y las armas para combatirles...?

—Son escasas y poco prácticas. Hay demasiados de su especie, contra muy pocos de la nuestra, Zero. Son una raza que se reproduce con asombrosa abundancia. Una mutación e anfibios, de batracios, de peces... y de hombres deformes. Creo que todo eso ha creado esa raza maldita. «Ellos», además, son tremendamente astutos e inteligentes. Superan todos nuestros actos, menos lo puramente visual. Y no lo necesitan. De modo que no te fíes jamás. Aunque no veas nada, aunque no sientas a nadie a tu alrededor... desconfía. Desconfía siempre, si quieres mantenerte con vida. Un error, un des fallecimiento, un descuido, significa morir. Y la muerte succionados y triturados por esos apestosos y pegajosos monstruos, no es nada agradable...

Me estremecí. No había nada hermoso, allá afuera. Mi refugio desesperado de hombre solitario, de único superviviente, había sido una auténtica Utopía al lado de aquello.

Y no todo lo malo me era ya conocido.

Pronto iba a enterarme de que no era así. Justo, cuando avistamos las Islas...

Las Islas.

Mannex me las señaló, con su aire carente de auténticas emociones.

—Mira, Zero —me dijo—. Es ahí...

Miré. Una serie de islotes, como un archipiélago. Recordando que el océano había invadido los continentes, me pregunté qué sería aquello. Mi compañero confirmó esa sospecha casi inmediatamente.

—Sí —afirmó—. Es sólo la cumbre de una serie de altísimas montañas... Emergieron del mar, en la invasión acuática de los continentes, y ahí permanecen, como una vaga esperanza para todos...

Asentí, mientras descendía nuestra nave escarlata hacia aquellos puntos rocosos que emergían del mar. Observé que no había, prácticamente, vegetación alguna, salvo musgos y matojos parduzcos, raquíuticos y tristes.

Radiación... El mundo contaminado... Éstas eran las consecuencias.

Nada de vegetación, nada de árboles, de hierba, de plantas. Nada de nada. Sólo rocas peladas, miseria vegetal, muerte...

—No parece acogedor, a simple vista —señaló—. Es errónea la impresión. Hay una serie de túneles y de instalaciones bajo tierra. Pero no como tu refugio, Zero. Ahí vivimos nosotros.

Asentí. El mar, el cielo nuboso y triste, el sol lejano y pálido, entre nubarrones... No era muy confortante, pero era algo. Meterse otra vez bajo tierra, me causaba horror sin embargo, era imprescindible. Además, me pregunté qué radiación habría ahora en la superficie.

La nave empezó a describir lentos círculos, buscando el aterrizaje en alguno de los islotes que un día fueron altas cumbres montañosas, y ahora apenas si emergían del mar.

—Supongo que la nave entrará en el subsuelo, para evitar el contacto con la atmósfera exterior —señalé.

—No, no es preciso —negó él—. Puedes salir a la superficie. Esta zona está limpia de radiaciones. Un cerco aislante de energía bloquea la zona. Hemos limpiado de toda posible contaminación letal las Islas y su vecindad.

—¿Eso es posible?

—Ha sido posible, aquí —se encogió de hombros Mannex—. Nos costó años enteros, pero se logró. Por encima de nosotros, cuando salgamos a tierra, una especie de limpia campana de aire sin toxicidad, formará nuestra propia atmósfera. No hay nada que temer, ya te lo dije antes, en tu refugio.

Asentí, pensativo. Todo cuanto decía aquel hombre, se cumplía extrañamente.

Empezaba a pensar que, pese a todo, hice bien en salir de mi santuario. Si aquellos odiosos y repulsivos seres anfibios, mitad hombres, mitad peces, ciegos y crueles, llegaban a sorprenderme en mi refugio, mi vida no valdría absolutamente nada.

La nave descendió sobre la más amplia de las supuestas islas

actuales. Entre peñascos y vegetación agónica...

—Dios mío... —murmuré—. Por primera vez en muchos, muchísimos años, casi en una absoluta eternidad... voy a poner el pie sobre un suelo firme, al aire libre, con el cielo encima de mí, con el aire auténtico en mis pulmones, con la brisa rozando mi piel... Es... es como un sueño, Mannex. Como un imposible...

—Lo sé. Imagino tu emoción, amigo mío. Disfruta de ella. En nuestra vida actual, hay tan escasos momentos para el goce auténtico...

No dijo más. Cuando se posó la nave en aquella rocosa prominencia que emergía de un mar extrañamente sereno, tranquilo, llano y sin límites, la puerta se abrió suave, pausadamente. Él sonrió, saltando al exterior y desperezando su cuerpo sorprendente, de epidermis metalizada.

—Vamos, Zero —me invitó—. Puedes salir..., y disfrutar de tu momento. Y salí.

Y disfruté de él... como jamás imaginé que uno pudiera hacerlo de un simple soplo de brisa marina, cálido y húmedo, de un contacto directo con el aire respirable de la superficie, con la sensación de no percibir sobre mí unas bóvedas de hormigón y metal, de no ver muros, sino cielo, cielo inmenso, nuboso y gris. Pero cielo, a fin de cuentas. Y mar. Espacio abierto, aire libre... Contacto directo con la naturaleza, con el mundo... Con mi mundo, otra vez..., aunque fuera así. En aquellos momentos, en aquellas circunstancias...

—Gracias, Señor... —murmuré, elevando los ojos a los nubarrones ásperos, al sol invisible casi, pero presente allí, sobre el palio de nubes—. Gracias por este solo momento, Señor...

Me acordé, en ese instante, de muchas cosas olvidadas. De Dios, sobre todas las demás. Desde lo más hondo de mi ser, le agradecía aquel instante supremo y maravilloso, que yo jamás pude imaginar..., después de Cero.

La grandiosidad simple y desnuda de aquel instante único, estremecedor, se quebró de repente de forma imprevisible, sorprendente...

Primero, fue con un violento agitar de las aguas en torno nuestro. Una convulsión marina, que provocó en los islotes una sacudida brusca, igual que un terremoto...

—¡Mannex! —exclamé—. ¿Qué sucede ahora?

—Cielos... —dijo el hombre metálico—. Es el monstruo... El monstruo del mar..., otra vez.

No sé si para él era «otra vez». Para mí, era la primera.

Contemplé, con horror, la escena dantesca. Emergió entre el oleaje convulso, una forma grandiosa, aterradora, la de un auténtico coloso marino, jamás visto antes de ahora...

Otra de las convulsas criaturas de la actual evolución planetaria. Un ente producto de mutaciones y alteraciones genéticas inauditas, que sólo Dios sabía de qué rara especie y origen procedía.

Hasta Mannex había perdido, al parecer, la serenidad que le era proverbial, y no sabía qué hacer, retrocediendo ante el oleaje violento que vomitaba a la criatura monstruosa hacia los riscos del islote solitario en que nos hallábamos...

Con ser tremendo el impacto que la sola presencia de aquel animal de pesadilla causó en mí, no lo fue mayor que aquel fenómeno inaudito que acompañó su aparición entre las aguas sacudidas de forma virulenta por el monstruo, el sonido que, simultáneamente, se dejó oír allí, muy cerca de nosotros, en alguna parte del mar o de la tierra firme en que nos hallábamos, encarados al nuevo horror.

Aquel sonido lejano, olvidado y familiar. Un sonido que nunca jamás pensé en percibir, de nuevo, en mis oídos.

Algo que no tenía sentido, ni razón de ser. Algo que *no podía* ser escuchado ya.

Y que, sin embargo, yo... ¡yo mismo...!, acababa de percibir una, dos, tres veces... Repetidamente, para que no hubiera duda alguna al respecto.

—Cielos, Mannex... —susurré, lívido, volviéndome hacia mi compañero, casi sin preocuparme ya siquiera por la presencia pavorosa del monstruo—. ¿Has oído..., has oído lo mismo que yo?

—Sí... —jadeó débilmente—. Lo oí...

Estaba tan asombrado como yo mismo. No entendía nada de todo aquello. Y, mientras tanto, el monstruo venía sobre nosotros, batiendo las aguas ferozmente, alcanzando ya la tierra firme, con una especie de extremidades membranosas y terribles, que resquebrajaban el suelo pedregoso.

Y de nuevo aquel sonido insólito, imposible de todo punto...

—¡Socorro! ¡Socorro, por el amor de Dios...! Una voz.

Una voz HUMANA.

Una voz de un ser como yo, no como Mannex. Una voz desgarrada, emotiva, llena de angustia y de temores. Una voz de criatura totalmente humana.

Pero todo eso no era lo más increíble, lo más fantástico.

Es que aquella voz humana, yo estaba seguro de ello, y bien seguro... ¡Aquella voz humana era... UNA VOZ DE MUJER!

SEGUNDA JORNADA

«K Y R A»

Capítulo primero

Una mujer...

EL impacto emocional era demasiado tremendo. Demasiado increíble.

—Mannex... —Oí mi propio jadeo ahogado, en medio de aquel ambiente de pesadilla—. Una mujer... ¿Oíste eso? ¡Una *mujer*...! ¡Un ser *humano*... del *otro* sexo!

Me miraba, aturdido, casi olvidando, incluso, al monstruo marino, como yo mismo.

—Sí... —Le escuché—. Es..., uno de los tuyos, Zero. Una mujer... No hay duda. Pero eso, amigo mío... ¡eso es *imposible*!

Imposible.

Claro que lo era. Pero allí estaba su voz aguda, desgarrada, insistente, retumbando en mis oídos, en mis sentidos todos, sacudidos por el trallazo emotivo:

—¡Socorro! ¡Socorro, por Dios...!

ALUCINADO, logré mirar a alguna parte. En busca de ella, importándome muy poco lo que el monstruo espantoso, surgido de las profundidades del mar, pudiera hacerme en esos momentos.

Y el monstruo, sin embargo, estaba allí. Allí mismo, ante nosotros. Avanzando, salpicándonos de agua violentamente, pisando ya el suelo del promontorio que emergía del infinito océano...

Nunca había visto ni imaginado una mutación animal semejante.

Pero tampoco nunca había podido ver nada de cuanto ahora se veía en aquello que fue alguna vez mi mundo. Y el de tantos otros...

Era una especie de reptil. Escamoso, largo, mitad lagarto, mitad serpiente. Pero eso, con ser mucho cuando se ve ampliado mil, acaso dos mil veces su tamaño natural de otros tiempos, no era todo lo horrible de la criatura marina.

Poseía la cabeza de un pez, rematada por fibras largas, verdosas, como el cabello mítico de la espantosa Medusa. Los ojos, grandes, redondos, como globos gelatinosos, saltaban de sus órbitas, anaranjados y malignos, bailoteando fijos en nosotros.

Del agua, emergieron sus extremidades, en número de ocho o diez. Unas, para atacarnos, mientras otras se apoyaban en la tierra firme del islote.

Eran pinzas.

Enormes, afiladas, dentadas y mortíferas pinzas de un colosal crustáceo. Una especie de cruce dantesco de reptiles y cangrejos, con la cabeza de una Gorgona, o poco menos.

Y aquello, emitiendo un atroz bramido que estremecía la tierra bajo mis pies, avanzó hacia nosotros, sin que yo supiera aún a ciencia cierta de dónde y por qué motivo, la voz de la mujer imposible, seguía emitiendo aquella aguda llamada de socorro, que repercutía dolorosa y esperanzadamente en mis oídos.

Salté atrás, justo a tiempo. Creo que fueron mis propios reflejos, mi instinto, que no llegó a quedar dormido, durante la larga espera de mi refugio subterráneo.

Una pinza crujió en el vacío, cerrándose en el aire, cerca de mí, sin alcanzarme. Fue lo mismo que sentir un filo de muerte, silbando cerca de mi cuello. Y un instante más tarde, una segunda pinza se movía, veloz, hacia mí, y me alcanzaba.

Me aparté, mientras Mannex gritaba algo ronco. La pinza no hizo presa, por fortuna, en mi brazo. De ser así, me lo hubiera amputado en el acto.

En vez de eso, la terrible sierra viviente rasgó mis ropas plásticas, alcanzando la fibra de vidrio del relleno, pero no la segunda capa de seguridad, que me protegía de las radiaciones mortíferas del ambiente exterior. De cualquier modo, la campana antirradiación de aquel mundo perdido en la soledad del planeta, me hubiese protegido de una muerte instantánea.

Mannex apeló a mi arma suya. Percibí una llamarada intensa, cegadora, de vivísimo color azul. El centelleo casi me deslumbró, pese a que lo estuviese ya, a causa de la luz del día, del aire libre, de aquel exterior añorado, en el que, aun existiendo aquel denso nublado, la claridad era cegadora, en comparación con la de las lívidas luces de mi antro subterráneo de la supervivencia.

Me volví. En la mano del hombre metálico, un arma hacía brotar sibilantes fognazos azules, de una energía y potencia que yo desconocía por completo.

El animal marino, la bestia de las profundidades acuáticas, acusó aquellos impactos, pese a su enorme volumen, de forma insólita. Capté su largo rugido de dolor, de rabia, acaso de impotente furia.

Luego, retrocedió, agitando con rabia sus pinzas cortantes en el aire. Sentí silbar una de ellas muy cerca de mi cabeza, y temí por mi caperuza plástica, que por fortuna, no sufrió desgarró alguno.

Otro fognazo azul destelló en el islote violentamente. El monstruo marino retrocedió todavía más, empezando a sumergirse.

Yo contemplé su retroceso, y traté de ayudar a mi camarada, con todas mis fuerzas, que bien escasas eran.

Pero él no necesitaba ayuda, sin la menor duda, Y lo probó claramente, cuando, tras el último trallazo de luz azul, se decidió a buscar encima de sí, y lanzó algo contra la bestia de las profundidades, más que azules grisáceas, de los inmensos océanos que ahora cubrían mi planeta.

El estallido de aquel objeto, contra el escamoso cuerpo culebreante del monstruo, provocó un tremendo desgarrón en el mismo. Un bramido ensordecedor nos estremeció, haciendo temblar violentamente toda la tierra firme que pisábamos. Caí a tierra, mirando, despavorido, aquella presencia infernal, y comprendiendo entonces cuán débil y miserable me podía sentir yo ante aquella criatura, producto de una naturaleza convulsa y desgarrada desde que todo cambió, para convertirse en una pesadilla alucinante y eterna.

—No hagas nada —oí murmurar a Mannex, serenamente—. Este peligro parece que va pasando ya...

Y así era. Iba pasando ya, sin duda alguna.

Cuando menos, la bestia marina se sumergía, entre bramidos de dolor y de furia, dejando tras sí un viscoso rastro de algo parecido a

la sangre, pero que ofrecía un repugnante color parduzco, moteado.

Luego, entre un caos de oleaje y espuma violenta sobre la quieta superficie del mar muerto e ingente, la forma horrible se perdió definitivamente, sepultándose, cuando menos de momento, en las mismas profundidades de donde surgiera poco antes.

Respiré con fuerza, incorporándome lentamente, aturdido todavía por la desigual y fantástica batalla. Mannex, mi aliado y salvador, el hombre que había evolucionado a otra condición diferente de la vida humana y que, sin duda, estaba mucho más adaptado que yo para sobrevivir en aquel mundo que yo desconocía, se limitó a mirarme, con una tenue sonrisa.

—Se acabó —dijo, escueto—. Al menos, por ahora.

—Sí —suspiré—. Por ahora. Creo que ya es algo... ¿Tardará mucho en presentarse otro peligro parecido?

—Eso... nunca se sabe.

Fue todo lo que hablamos, en ese momento. Yo seguía preocupado por la voz. Aquella voz inaudita...

Aquella mujer, aquella criatura que no pudo sobrevivir en modo alguno, si cuanto yo mismo y el propio Mannex sabíamos del planeta Tierra, era cierto en su totalidad...

Ambos miramos en torno, a un mismo tiempo. Las agitadas aguas volvían a su normalidad, paulatinamente. No vimos nada más. Ni un rastro de nadie. Ni un indicio revelador de cosa alguna, de presencia viviente de ninguna clase...

—¿Y..., y *ella*? —indagué, tenso.

Mannex me miró. Se encogió de hombros. Él tampoco parecía entenderlo. Pero buscaba. Buscaba algo, un indicio. Sin duda, en eso estábamos iguales. Nuestra capacidad visual era la misma. Los resultados, idénticos.

Negativos por completo.

—No entiendo... —murmuró—. Tiene que estar cerca...

Respiré hondo. Solamente había una posibilidad: la tierra firme. El mar, sacudido por la convulsión de su monstruoso ocupante en fuga, no hubiera podido sostener a nadie, en estos momentos.

—¿No..., no has oído nunca nada parecido? —musité.

—Nunca —repuso, grave el tono.

Sacudí la cabeza. Tal vez delirábamos ambos. O éramos víctimas de una alucinación inexplicable y colectiva. Pensé, incluso, en una

forma telepática de comunicación. Pero en el acto rechacé la idea.

Era *sonido*, lo que yo capté. Una voz.

La voz de una mujer, sin duda alguna. Y cerca de nosotros...

De repente, creí entender. O pensé que era la única forma de entender. Y como nada veía en el mar, nada en la tierra..., alcé la cabeza.

Miré por encima de mi cabeza. Al aire, a la masa sombría de nubes que lo velaba todo, y daba a la claridad solar aquel matiz lívido y fantasmal.

—Mira... —musité—. ¡Mira ahí! Mannex, mi camarada, miró. Y la vio.

Vio a la mujer, como yo acababa de verla...

Ella. La mujer.

Estaba allí. Sobre nosotros. Encima de nuestras propias cabezas.

No era fácil distinguirla, pero lo conseguimos. Mannex masculló algo entre dientes, con una expresión perpleja en su faz bronceada, casi puramente metálica como una estatua que hubiera sobrevivido al gran desastre.

—Sí —dijo—. Ya la veo, Zero... Es uno de los vuestros. Una criatura humana, del sexo femenino...

Una criatura del sexo femenino. Era el modo de describirla Mannex.

Asentí. Así era. Nada de alucinaciones. Nada de fantasías ni cosas imaginadas. Una mujer. Tremendamente real, física, existente. Estaba ante nosotros, allá en el espacio. Cayendo ya, hacia las aguas. Donde poco antes emergía la fiera monstruosa...

La forma de llegar su voz a nosotros, seguía siendo un completo misterio. No traté tampoco de averiguarlo. No valía la pena, pensé. Ya se aclararían las cosas, después. Sí es que había un después. En esos momentos, nada había, nada podíamos esperar, nada existía en qué confiar realmente.

Pero ella estaba allí, y eso era ya algo.

Resultaba fantástico, delirante casi, verla descender del espacio, de aquel palio inmenso, infinito, de nubarrones radiactivos, de aquella atmósfera de muerte, suspendida sobre nosotros y sobre lo que sobrevivió al gran desastre.

Una criatura humana, aparentemente hermosa..., dentro de una cápsula esférica, como un globo de vidrio o una burbuja

transparente. Flotando, descendiendo mágicamente casi. La luz del día, los reflejos grisáceos del mar triste, formaban sobre aquella materia transparente y cristalina una serie de luces indecisas y difusas, que a veces diluían las facciones y la figura de la mujer, envuelta en una malla plástica, plateada, ceñida a su cuerpo. Y la escafandra liviana, ovoide, que no era obstáculo, dada su gran transparencia, su bruñida pureza, para advertir la forma de su rostro oval, de sus largos, lisos, suaves y sedosos cabellos color oro suave.

Ella se agitaba dentro de aquella burbuja flotante, descendente, prodigiosa, como si estuviese prisionera de ella. Alrededor de su figura, observé la presencia de singulares, esquemáticas, estilizados mandos y paneles, absolutamente cristalinos también, lo mismo que sus complejos circuitos electrónicos.

Tal vez una criatura humanoide, llegada de lejanos planetas, de remotas galaxias, llegué a pensar, en un alarde imaginativo, que me justificase aquellos hechos increíbles y sorprendentes.

Y ella descendía. Descendía, por momentos... La cápsula esférica, aquel globo cristalino que llovía del cielo, iba a posarse, de un momento a otro, en el agua gris y ya tranquila nuevamente.

Mis ojos se encontraron con los de ella.

Vi, entonces, los más fantásticos ojos imaginables en el mundo. No sólo en *aquel* mundo dantesco en que yo vivía, sino de aquel *otro* mundo que un día conocí, lejanamente... Vi unos ojos de mujer, maravillosos y fascinantes, clavados en mí.

Ojos mitad ambarinos, mitad dorados. Ojos jaspeados, brillantes como extrañas gemas de un raro mundo mineral desconocido...

Unos ojos que no se separaban de mí, contemplándome, entre asombrados y esperanzados.

Supe que me fascinaban.

Supe que, irremisiblemente, amaba aquellos ojos, desde aquel mismo instante.

Supe, fatalmente, de un modo súbito y deslumbrante, que restalló dentro de mi mente como un fogonazo, que amaba ya a aquella mujer.

Que la amaba loca y desesperadamente, como nunca soñé en amar nada ni a nadie, en éste o en cualquier otro mundo posible.

La burbuja flotaba ya en las aguas.

Miré a Mannex, alarmado. Le dije con voz tensa, preocupada:

—Por favor... Hay que recuperar ese vehículo o lo que sea, con ella dentro... Si se queda flotando en las aguas, sin posibilidad de movimiento autónomo... terminará hundiéndose o siendo presa de ése o cualquier otro monstruo...

—Lo sé —afirmó Mannex—. Avisaré a mi gente. Es raro que no hayan acudido a ayudarnos en todo...

Yo estaba pensando lo mismo, pero no me había decidido a exponerlo. Él debía conocer a su gente, a aquel pueblo metálico, medio humano, que había sobrevivido y había evolucionado contra la radiación ambiente de un modo distinto al de otras criaturas.

Hizo algo, seguidamente. Extrajo de sus ropas un objeto dorado, que presionó. No capté nada. Le miré, perplejo.

—Ultrasonido —dijo—. Pero inaudible incluso para aparatos sensibles al ultrasonido normal. Es la llamada a mis gentes. Acudirán enseguida, emergiendo del interior de este islote, Zero. Nos ayudarán a rescatar a esa mujer, llovida del espacio...

Asentí, sin dejar de contemplar, inquieto, la esfera de vidrio. Dentro de ella, la dama de ojos de ámbar y oro, me contemplaba aún con fijeza. De repente, oímos su voz, dulce y delicada, tremendamente serena.

—Es a mí a quien escucharon. Mi voz se difunde por un sistema especial de emergencia, si hay peligro. Vi a ese monstruo horrible..., y grité, temiendo caer en sus fauces. Perdonen mi momento de debilidad...

—Está perdonada —dije, al comprobar que hablaba mi propia lengua, pero sin saber si sería oído por ella o no.

—Gracias —me respondió—. ¿Van a rescatarme de las aguas?

—Creo que lo haremos inmediatamente —afirmé—. Mi amigo espera refuerzos, señorita... «Señorita...».

Sonaba casi ridículo, ahora. Nunca pensé en decir algo así, porque sabía que no había nadie a quien decírselo. Y, de repente... todo se alteraba. Todo lo previsto cambiaba, haciéndose diferente e ilógico.

Miré a Mannex. Ella parecía inquieta, como nerviosa o preocupada por algo. Mannex, no se movía. Presionaba una y otra vez su emisor de ultrasonido.

—Y bien... —Me impacienté—. ¿Y esa ayuda? ¿Y tu gente?

—No lo sé —me confesó sombríamente, dejando de pulsar el vibrador de ultrasonidos—. Algo grave ocurre, Zero... y te aseguro que ignoro lo que es. Cuando nadie me responde... es que algo ha sucedido a mi pueblo...

Lo malo es que yo empezaba a pensar también lo mismo.

Capítulo II

DURÓ unos instantes el silencio entre nosotros. Le miraba, interrogante, cuando aventuré una duda:

—¿Qué podemos hacer para confirmarlo o no?

—Lo que sea, ha de ser rápido —manifestó, señalando a la burbuja que antes flotara en el espacio, y ahora en el océano—. Ella ha de ser rescatada. Parece en apuros. Y lo estará, si alguna de las malditas criaturas mutantes la descubre, sea ese monstruo marino... o «ellos».

«Ellos...».

Recordé, con un escalofrío, a los anfibios parecidos a peces, ranas y hombres, en confusa combinación. El chasquido de sus gelatinosas cabezas al reventar con el choque de nuestro microflash, me provocó un recuerdo nauseabundo.

—Sí —convine—. Hemos de rescatarla, pero ¿cómo?

—Espera —murmuró—. Veremos de establecer contacto nuevamente con mis amigos y camaradas. Pero directamente, ahora.

Avanzó en dirección a los peñascos más grandes, como buscando una entrada a alguna parte. Una entrada que, por otro lado, yo era incapaz de advertir.

No sé por qué lo hice, pero me dije que podía intentarlo también por mí mismo, sin confiar en otros medios, aún no revelados.

Así, mientras Mannex se aventuraba entre las rocas de mayor tamaño, pulsando su emisor ultrasónico, yo me precipité al borde del mar. La cápsula esférica, transparente, flotaba a cosa de cien yardas de la orilla. Parecía irse alejando por momentos, movida por el impulso de las corrientes submarinas, ya que el oleaje no parecía existir ahora.

El rostro de la joven ocupante, era como una máscara de tensión y temores encontrados. Mantenía su serenidad, eso sí. Pero tenía

miedo, de eso no había la menor duda.

Me lancé al agua.

El choque de mi cuerpo con las aguas del mar, hizo volver la cabeza, con sobresalto, al hombre metálico.

—¡Eh! —le oí gritar—. ¿Qué es lo que haces? ¡Es una locura, Zero!

No le hice caso. Estaba nadando, con fuerte brazada, salvando la distancia hasta la esfera de material cristalino en cuyo interior se hallaba encerrada la dama llovida del cielo. Mannex volvía hacia la orilla, pretendiendo ayudarme también.

—¡Sigue buscando a tu gente! —le grité—. ¡Yo intentaré algo con esa cápsula!

Mannex dudó, pero, sin duda, acabó convencido de que yo hablaba con sensatez, y se apresuró a regresar entre las rocas, en busca de los demás hombres metalizados, a quienes yo no había visto aún.

La mujer me contemplaba, con asombro y con esperanza. También con aire dudoso, juzgué al examinar su gesto. Sin duda, se estaría preguntando, como yo mismo, qué diablos iba a hacer para resolver su situación actual.

No hubiera sabido responderle. Estaba actuando por puro instinto, sin dedicarle a ello el frío razonamiento que mi padre me había inculcado en el pasado, cuando me enfrentó a mi propio destino inmutable.

A pesar de los siglos transcurridos, a pesar de todo cuando había cambiado en la faz universal, yo seguía siendo una criatura humana, con todas sus virtudes y defectos. Un hombre, simplemente, que se movía por instinto, por impulsos personales. Y por ayudar a una mujer en apuros.

No sabía si esto era indicio de que no había valido la pena dejar a nadie con vida, o si realmente eran cosas así las que tenían que salvarse, junto con la existencia propia, en un trance como el actual. No me formulé esas preguntas, mientras actuaba, de forma absolutamente emocional, siguiendo mi instinto de humano y, sobre todo, de macho de la especie.

Llegué junto a la cápsula que flotaba en el mar gris y gélido del mundo actual, invadido en su mayor parte por el líquido elemento. De cerca, la superficie vidriosa se veía más liviana, más diáfana,

incluso. Y el rostro de su única ocupante, más hermoso, si cabe. Con unos ojos infinitamente más bellos y resplandecientes.

Nos miramos a través del material transparente, muy fijos. Ella habló, y su voz me llegó limpiamente, a través de los singulares conductos acústicos del interior al exterior:

—Usted puede entrar aquí, si lo desea. Soy yo quien no puede salir... Recordé algo, mientras braceaba en torno a la nave.

—La radiación... —murmuré—. Mis ropas se habrán contaminado de estas aguas... Tal vez yo mismo...

—No se asuste por ello —me respondió risueñamente—. Esta cámara está construida a prueba de toda contaminación. Cuando alguien entra en ella, automáticamente sufre una descarga antirradiación. El índice exterior no es lo bastante intenso para que el mecanismo falle. Puede entrar, sin peligro.

—Entrar... —musité, perplejo. Mis dedos tocaron ya aquella materia trasparente, curvada, como auténtico vidrio. No vi abertura alguna—. No entiendo cómo, señorita... No veo aberturas ni escotillas..., y no sé cruzar los muros, por cristalinos que ellos sean...

La hice reír, y en esas circunstancias, ya era algo. Además, su risa me causó una singular impresión. Era el primer sonido realmente humano y realmente grato que captaba. Una primera explosión optimista, por breve y simple que fuese. Recordar que alguna vez se había reído, que había existido la sonrisa e incluso la carcajada, producía cierta melancolía dolorosa. Pero también cierto alivio emotivo.

Sacudió su cabeza, de suave, dorado cabello como seda o como auténtico oro hilado, y me mostró de nuevo sus nítidos dientes, pequeños e iguales, en aquella deliciosa mueca llamada «sonrisa», que yo había aprendido a olvidar, excepto contemplando en mi abandonado refugio aquellos viejos filmes mudos, de una comicidad rancia y genial.

—No hacen falta aberturas —señaló, pasmosamente. Acérquese más. Ponga ambas manos sobre la materia que me envuelve. Presione..., y láncese de cabeza, sin demasiado ímpetu. Será suficiente.

Perplejo, me dije que eso sonaba raro, pero valía la pena intentarlo. Y lo intenté. Un segundo más tarde, me encontraba

dentro de la cápsula esférica.

Junto a la figura plateada de la mujer superviviente.

Creo que era el momento estelar de mi existencia. Una vida transcurrida entre una infancia llena de estudios, una adolescencia preocupada, un período de prueba ante cualquier emergencia mundial, que terminó por ser mucho más que un simple período de tal clase. Y que acabó siendo definitivo. Un sueño de doscientos años. Un despertar en soledad y unos años de vida aislada en un remoto e inexpugnable refugio subterráneo...

Todo eso era el pasado. Una vida fría, extraña y con fantástico y oscuro destino.

El futuro, era una incógnita total. Acaso algo que ni siquiera existía.

Y el presente...

El presente era «aquello». Una mujer. La única, quizá. La imposible de imaginar, sólo unas horas antes. Unos minutos antes.

Y yo..., yo estaba con ella. Junto a ella. Respirando su mismo aire. Sintiendo la vecindad de su aliento, el sonido suave de su voz, educada y profunda, contemplando unos ojos que, a su vez, me contemplaban a mí.

Estremecido, sin poderlo evitar, por la vecindad de un cuerpo de mujer. Un cuerpo alto, turgente, bien moldeado, ajustadas sus ropas plateadas, de fibras familiares a mi conocimiento, de formas que incluso me parecían lascivas, como un estallido natural de lujuria y sensualidad involuntarias de aquella mujer joven, bella, seductora, en su propia presencia y en su propia excepción humana.

—Cielos... —Atiné a murmurar, tras un trémulo silencio cargado de emociones, de sentimientos, de dudas, e incluso de inconfesables reacciones anímicas y emotivas, más propias, quizá, del simple animal que del ser humano, dueño de su voluntad y de su mente. Me agité un momento, y respiré hondo—. Cielos, usted... Usted y yo...

Era una frase ridícula y estúpida, pensé.

Una frase carente de sentido. Pero tal vez a ella no se lo pareció. Tal vez había olvidado algo, en mi aturdimiento inmediato: que, mientras yo era el macho de la especie... ella era la hembra.

Una mujer cubre más pudorosamente sus íntimas reacciones ante el representante del sexo opuesto. Pero por un principio

natural, tenía que sentir algo parecido a mí. Si es que ella no procedía de alguna parte donde hubiera más seres, otros hombres...

—Sí —le oí decir suavemente—. Usted... y yo.

—Hubo un silencio, después de eso. Seguíamos mirándonos. Ya nada nos separaba.

Pese a su inverosímil apariencia, yo había atravesado la materia sólida de aquella rara cámara esférica, flotante en el mar. Desde dentro, el exterior se veía tenuemente oscurecido, como si la material envolvente fuese ese vidrio que, por un lado es diáfano y transparente, y por el otro oscurece cuanto se ve a su través.

Extendí las manos. Palpé los muros, de tono ahumado, azulado, y me parecieron tremendamente sólidos y fríos. Sacudí la cabeza.

—No lo entiendo —confesé.

—Es fácil —sonrió ella—. Desde el exterior, el muro se hace accesible. Una materia sólida, cuyas moléculas ceden a determinada presión, separándose, para volverse a unir después, herméticamente. En el interior, eso no es posible, si no se acciona un mecanismo adecuado. Y ese mecanismo sufre una avería irreparable.

—Entiendo —suspiré—. No se puede salir de aquí.

—Se puede salir —me rectificó—. Pero ya no se conserva la cápsula. Podemos romperla desde dentro. Me pregunto si eso será una medida prudente, flotando en el mar. O en el espacio...

—Entiendo —asentí, paseando por la curva estancia única que formaba su extraña nave. Me detuve a examinar los mandos cristalinos, los circuitos transparentes de aquella rara maquinaria de a bordo. Me parecieron procedimientos conocidos, en su gran mayoría. Como algo del pasado. De *mi* pasado. Giré la cabeza y la miré, haciendo otra pregunta estúpida—: ¿De qué planeta ha venido usted, criatura?

Ella enarcó las cejas, tan doradas como su cabello, y como las chispas que salpicaban de luz y de vitalidad sus extraños y bellos ojos.

—De la Tierra —dijo. Miró al exterior—. Y esto..., esto es la Tierra, ¿no?

—Esto *fue* la Tierra, alguna vez —rectifiqué, con un suspiro doloroso. Algo parecido a la alarma brilló en su mirada. Se inclinó hacia mí.

—La atmósfera me ha parecido cambiada —dijo—. No he visto nada con vida, salvo ustedes. Y ese horrible monstruo de antes. Supongo..., supongo que no todo... es así.

—Supone mal —murmuré—. Todo es así.

—Dios mío —gimió simplemente, por todo comentario.

Estuve seguro de que entendía y no quería ahondar con más preguntas. No le iban a gustar las respuestas, y lo sabía. Se cubrió el rostro con ambas manos. Manos delicadas, largas y sensitivas, cubiertas por livianos, transparentes guantes ajustados a su piel.

—¿Dónde estuvo usted? —murmuré.

—Fuera —dijo con voz grave—. Lejos. En el espacio exterior...

—Entiendo. ¿Astronauta?

—Astronauta, sí.

Eso lo explicaba todo. O casi todo. Puntualizar, era innecesario. Pero puntualicé:

—¿Viene de muy lejos?

—De las estrellas.

—Las estrellas... —Las busqué en vano. Las nubes lo borraban todo—. ¿Fuera del Sistema Solar?

—Sí. Muy lejos de los planetas del Sistema. Más allá de Plutón.

—Pero debió partir cuando aún existía vida aquí... —señalé roncamente.

—Por supuesto —pestañeó—. Vea los datos computados.

Pulsó un teclado translúcido. Una pantalla reveló unas cifras en color fluorescente, que parecía flotar en la nada. Me estremecí.

—Dios mío... —dije con lentitud—. Usted y yo... procedemos de una misma época. Esa fecha corresponde..., corresponde a momentos en los que yo aún no había entrado en mi refugio...

—¿Refugio?

—Sí. Ya lo entenderá. ¿Seguro que salió de la Tierra en esa fecha?

—Seguro —me miraba alarmada—. ¿Qué ha sucedido?

—¿Cuánto tiempo cree que ha transcurrido?

—No..., no sé... Ya sabe que el Tiempo se distorsiona y altera, fuera de la Tierra. Más aún cuando se va camino de los astros, fuera del Sistema Solar. Imaginé que serían... cosa de diez o doce años. He permanecido en hibernación algún tiempo. Calculé unos dos años, en realidad. Acaso cinco... de los terrestres, quiero decir.

—Su sueño tuvo que ser más largo. Infinitamente más largo —suspiré, mirándola fijamente—. Yo..., yo he dormido dos siglos. Por eso sobrevivo aún.

—¡Dos siglos! —Se estremeció vivamente, clavando en mí su mirada bellísima, asustada—. No, no puede ser...

—Éste es el año 227 después de Cero —dije despacio—. Y Cero... fue el Final. Y también el Principio...

Vi temblar sus labios. Estaba tratando de asimilar la magnitud terrible de mi revelación. Ahora, de repente, comprendía.

Lo comprendía todo en su auténtica dimensión, terrible y anonadante. La vi caer sentada en un asiento flotante, de materia vidriosa. Sus ojos recorrieron el exterior, empezando a darle a las cosas un nuevo y tremendo valor.

—Dios mío... —jadeó—. Dios mío...

—Mi nombre también es Zero —le informé—. Como todo lo que ha empezado y ha terminado. Partimos de cero. Estamos en Cero. Me gustaría saber su nombre...

Me miró como hipnotizada. Sus labios gordezuelos, bien dibujados, modularon un nombre breve, grato al oído:

—Mi nombre..., mi nombre es Kyra.

Kyra.

Me gustó el nombre. Me gustaba ella. Me sentía casi feliz dentro de aquella esfera vidriosa, pese a tantas preguntas, a tantas incógnitas, a tantas dudas e incertidumbres como se acumulaban en mi cerebro.

—Kyra... —murmuré despacio. Hice un movimiento de cabeza, repitiendo el nombre una vez más—. Kyra... Me gusta. Todo esto me gusta, en realidad. No estoy solo. Ni usted tampoco. No estamos solos, puesto que nos acompañamos mutuamente.

—¿Y... él? —señaló a la isla, cada vez más lejana, donde Mannex había quedado.

Y donde, para mi inquietud, Mannex no daba nuevas señales de vida, igual que su pueblo.

—¿Él? —Me encogí de hombros—. Fue humano. Lo fueron sus antepasados. Evolucionó de modo especial, ante las radiaciones. Su metabolismo y su naturaleza se alteraron. Sufrió una mutación. Su piel se metalizó, endureciéndose. Su organismo se hizo energía y radiación negativa, que contrarresta la exterior. Conservan su

mente humana, sus medios de comunicación normales, como la palabra y la inteligencia. Pero, en el fondo, Kyra, no son humanos.

—¿Son amigos...?

—Lo son. Sólo tienen un enemigo: «ellos».

—¿«Ellos»?

—Otra mutación horrible. De peces y hombres. Seres monstruosos. Crueles y astutos. Lo invaden todo. Son anfibios. Ellos atacan a toda otra criatura, sea humana, energética o animal mutante. No conocen la piedad.

—¿Qué horrible lugar es el que esperaba mi regreso? —se lamentó ella—. Partí como miembro de la Expedición Galaxia Doce. Formaba parte del Proyecto Cósmico de la Federación Mundial de Astronáutica. Debía volver con todos los datos de mi viaje espacial.

Aquí los traigo computados. Y ahora... ¿para qué? ¿Para quién?

—Dudo que les sirva de nada a los mutantes y a las criaturas que crecen ahora en este mundo —manifesté.

—Ésta es la cápsula *Andrómeda*, que debía desprenderse del cuerpo principal, de regreso a la Tierra, devolviéndome sana y salva a mi Base. Y ahora... no existe Base.

—Ni Tierra —suspiré, sombrío—. Ni nada.

Permanecemos en silencio. Kyra, la astronauta de otros tiempos, miró al exterior.

—Su amigo metálico, sigue sin aparecer —señaló.

—Me inquieta. Algo le sucede a su gente. Tal vez, también, a él. Tenemos que ir en su ayuda. El vino a ayudarme a mí.

—No podemos salir de aquí. Nos ahogáramos.

—¿Y la cápsula? ¿No es autónoma de movimientos?

—No —suspiró—. Ya no. Sólo conservaba su utilidad para el descenso.

—Entiendo. Pero si seguimos alejándonos de tierra, nos quedaremos sentenciados a flotar sobre el mar, hasta que un monstruo como aquél nos pulverice, o los anfibios nos localicen, atacándonos. Ninguna de esas posibilidades me atrae.

—Tampoco a mí. ¿Qué otra solución ve?

—Parece que no hay ninguna... a menos que ocurra un milagro. Si usted, que conoce esta cápsula, no le ve solución al problema, ¿qué podré decirle yo, que desconozco estos mecanismos y sistemas, aunque estudié otros, en mi obligado encierro de estos años?

Ella paseó por el reducido interior de la burbuja flotante e inútil en que estábamos ambos encerrados ahora. En el exterior, el mar era una superficie gris y amenazadora, bajo el torvo dosel de nubes eternas. Nubes que tenían siglos de existencia también. Como el silencio y la muerte en la Tierra.

—Zero —dijo, de repente—. Esto significa que somos viejos ambos. Terriblemente viejos.

Sonreí. Era mujer, después de todo. No podía dejar de serlo, ni aun ahora. Sólo estábamos ella y yo. Y pensaba en el tiempo. En los años. En la edad.

—Sí —admití, riendo—. Somos viejos de siglos, Kyra.

—Cielos... —Se cubrió el rostro, angustiada—. Y... ¿y cuando abandone esta cápsula? ¿Cuándo vuelva al contacto con el mundo?

—No se alarme. No va a salir de su Shangri-Lah, para perder el privilegio de una pretendida Juventud Eterna^[3]. Ése no es el caso. Hemos dormido siglos, ¿no entiende? En una forma de vida en suspensión. El tiempo no pasó para nosotros ni nuestros organismos. La vida y su curso se detuvo durante un paréntesis de siglos. En ambos casos, el suyo y el mío, tenemos los años que realmente hemos vivido. Somos lo jóvenes que parecemos. No piense en Hilton ni en su utopía del Himalaya, Kyra. No va a caerse de vieja cuando le toque el aire, esté segura. Como no me afectó a mí. Somos producto de una época en que no fue problema interrumpir la vida humana con un largo sueño de cuento de hadas. Sólo que el despertar, nuestro despertar, no tuvo nada de cuento color de rosa ni de fábula infantil.

Kyra pareció estudiar mis palabras, en silencio. Me contemplaba, preguntándose mentalmente si era posible que yo fuese también un ser del pasado.

—¿Han sido... cientos de años? —musitó, indecisa.

—Doscientos veintisiete, después de Cero —afirmé—. Siete para mí. Era un adolescente al sumirme en mi sueño de siglos. ¿Comprende ahora? Yo, en la Tierra, y usted en el espacio exterior, hemos dormido un letargo fantástico. Para usted, incluso, los años terrestres transcurridos entre su partida y el Día Cero... fueron como nada. Simples meses, allá en el tiempo de los astros, del vacío absoluto.

—Voy entendiendo. Por un momento, temí, sin embargo, que...

—No tema nada. Además, no importaría mucho que envejeciéramos usted y yo. Nadie iba a vernos.

—Lo sé —bajó la cabeza—. Pero aún no me he adaptado a esta situación, Zero... No le he preguntado aún cómo sucedió todo. Si..., si fue una guerra, quién tuvo la culpa...

—¿La culpa? —Me encogí de hombros, con amargo sarcasmo—. ¿Cree que de estas cosas puede tener la culpa alguien en concreto? No, Kyra, Fueron todos. Fuimos todos. Quisimos ir demasiado lejos. Olvidamos muchas cosas. Entre ellas, nuestra propia limitación, nuestros errores. Fue... sólo eso: un error.

—¡Un error!

—De algo o de alguien. ¿Un hombre o un mecanismo? ¿Un ser humano o una computadora? ¿Qué puede importar eso? Sucedió, y es lo que cuenta. No, no hubo guerra. No hubo nada. Sólo un final repentino, súbito, aterrador. Como si nada sucediera. Pero yo..., yo he visto ciudades enteras, calles y ferrocarriles subterráneos, galerías y edificios, estatuas y jardines, sepultados bajo esas aguas, para siempre.

—Oh, no... —Se estremeció la hermosa criatura llegada de las estrellas—. No, Zero.

—Siento decirle estas cosas tan brutales. Imagino que dejó aquí unos amigos, unos parientes, acaso un esposo y unos hijos, Kyra.

—Nunca estuve casada, Zero.

—Bien, tal vez un novio, un hombre que esperaba... Sea lo que fuere, quedó atrás. No existe ya. Ni eso, ni nada. Es duro hacerse a la idea. Pero vale más eso que cerrar los ojos a la cruda realidad...

Mientras hablaba, estaba examinando los mecanismos de a bordo. De repente, me erguí, señalando un doble juego de circuitos. Ella notó mi reacción.

—¿Ocurre algo? —indagó.

—Puede que sí. Esos circuitos inutilizados... son de control de movimiento en el espacio.

—Sí. Se inutilizan automáticamente, cuando la cápsula regresa a suelo firme, sea tierra o mar. Así fueron diseñados.

—Pero haciendo un cruce entre dos sectores de ambos circuitos, quizá logremos algo —dije, con excitación—. Nunca he sido un genio en electrónica, pero eso creo que nos dará un sistema de propulsión magnética hacia cualquier punto sólido, lo bastante

próximo.

—Atraídos por esos islotes... —Medió ella—. ¿Se refiere a esa posibilidad?

—Sí. Basta conectar el campo magnético con la batería fotónica de su cápsula. Puede que logremos reactivarla lo suficiente para que el magnetismo actúe sobre nosotros.

Kyra no dijo nada. Yo manipulé en los circuitos, haciendo unas conexiones. El juego resultó.

Súbitamente, se produjo el milagro, al presionar yo un resorte de funcionamiento. Como si una succión gigantesca nos absorbiese, la esfera transparente comenzó a deslizarse sobre la superficie del mar, bamboleándose ligeramente, y el islote se aproximó con rapidez, sin mostrarnos ni rastro de Mannex, en su superficie.

—Ahora, antes de sufrir un impacto demasiado duro, desconectaré los circuitos, apenas toquemos la orilla —señalé—. Agárrese fuerte a algo, Kyra. Creo que rodaremos por el suelo violentamente.

—¿A qué puedo agarrarme? —sonrió ella, mirándome—. Usted cubre los asientos, manipulando ese mecanismo magnético...

—Entonces, sujétese a mí —invité—. Y hágalo ya. Vamos a chocar, de un momento a otro.

Asintió, aferrándose a mis brazos y a mi cintura. Sentí un escalofrío al roce de aquel cuerpo femenino, tan próximo y cálido, tan palpitante y turgente. Una mujer...

Su aliento rozaba mi propia caperuza plástica de seguridad. Sus manos oprimían mis ropas, y sentía la presión de sus dedos sobre mi cuerpo, a través del tejido hermético.

Estaba tan aturdido por su vecindad, que olvidé desconectar a tiempo, y nos dimos un fuerte impacto entre las rocas y los arbustos enfermizos. Crujió la envoltura transparente de la cápsula y nos golpeamos contra ella, brutalmente zarandeados por el choque.

Finalmente, logré desconectar el circuito, y nos quedamos inmóviles, no lejos de donde viera desaparecer a Mannex, para no emerger más.

Tendidos en el pavimento cristalino de la cabina esférica, nos miramos ambos, con mutuo interés. El cuerpo de ella, caído sobre el mío, al girar, quedó debajo de mí. La contemplé, sujetándola por el talle y las caderas, para ayudarla a levantarse. Era como sentir el

trallazo de una descarga de alto voltaje, en mis tendones y venas.

—Lo logró... —musitó ella, con voz suave, mirándome dulcemente.

—Sí —mascullé con ronca entonación—. Hubo suerte. Vamos ya, Kyra. Habrá que salir de este recinto, y ver lo que le sucedió a Mannex. Es un amigo. Y necesitamos ayuda, compañía. No creo que podamos hacer nada por nosotros mismos...

—¿No hay peligro de radiaciones? —dudó.

—Ninguno. No, aquí. Ellos, los energéticos, crearon una campana antirradiativa en torno a sus refugios. No hay nada que temer, Kyra.

Ella asintió. Tomando una decisión, se encaminó a la pared que, desde el exterior, podía abrirse para volverse a cerrar de nuevo, herméticamente. Esta vez, utilizó una herramienta liviana de su equipo. Golpeó en un punto determinado de la especie de cáscara vidriada que nos envolvía.

Crujió como si fuese la envoltura de un huevo, resquebrajándose. Cayeron fragmentos al suelo, entre las rocas. La abertura estaba hecha. Y la cápsula *Andrómeda*, inutilizada ya definitivamente.

Salimos al exterior. Ella respiró hondo. El aire era cálido y húmedo, pero resultaba mejor que la atmósfera artificial de una cápsula enviada al espacio. Kyra lo absorbió a pleno pulmón.

—Aun en estas circunstancias... es hermoso —le oí musitar—. Luz del día, aire, mar... Asentí despacio. Sabía lo que sentía en ese momento. Ambos habíamos tenido el nuevo contacto con todo lo que antes nos era familiar, después de un largo paréntesis que era como un sueño perdido en la oscuridad del tiempo.

—Vamos —dije, tomándola por una mano—. Hay que buscar a Mannex y a su gente. Urge saber lo que sucede...

Avanzamos, unidos, entre los grandes peñascos que debían ocultar el acceso al refugio subterráneo de los hombres metálicos, ocultos siempre al ataque del enemigo común, el aniquilador implacable: «ellos»...

De repente, señalé algo entre las rocas, con mano temblorosa.

—Mire —murmuré, temblorosa la voz—. Creo que lo hemos encontrado...

Kyra miró en esa dirección, inquieta. Vio lo mismo que yo había

descubierto: una abertura en la roca.

Una especie de puerta metálica, gris oscura, deslizante como una escotilla en una gran nave.

Estaba entreabierta. El interior se vislumbraba oscuro. Eso era todo.

—¿Qué vamos a hacer? —quiso saber ella.

—Asomarnos, ver dónde están ellos. Tal vez nos estén buscando.

—¿No habrá algún riesgo?

—Quizá —la miré francamente—. Kyra, ahora todo es un puro riesgo, un peligro constante, suspendido sobre nuestras cabezas como una espada de Damocles. Pero no se puede retroceder. No conduce a ninguna parte abstenerse de tomar una iniciativa porque, entre otras cosas, no hay salida. Hay que avanzar. Avanzar siempre. Para bien o para mal.

—Sí, entiendo —sonrió, algo forzada—. Perdone mi pregunta. Sigo sin adaptarme a todo esto.

—Claro que se adapta. A mí me sucede lo mismo que a usted, Kyra. Estoy lleno de malditas dudas y recelos. Sólo que Mannex me enseñó su lección. Cuando se da un paso adelante, no cabe dar ya otro hacia atrás. Se sigue, ocurra lo que ocurra. No tenemos alternativa.

—Sí, es cierto. Vamos ya, Zero. No volveré a preguntar tonterías.

—Yo pregunto tonterías. Y las pienso —reí, de buena gana—. Somos humanos, Kyra. Por suerte o por desgracia, seguimos siendo humanos. Yo diría que, por suerte, a pesar de todo.

Me moví, tirando suave, pero firmemente de ella. Al llegar ante el orificio negro de aquella compuerta, tuve una vacilación súbita. Me volví a Kyra.

—Tal vez sea mejor que espere a prudencial distancia —dije—. Ahí dentro puede haber algo que signifique peligro. Yo exploraré, y luego...

—No —negó, rotunda—. Usted lo dijo antes: no hay salida. Si ahí existe un peligro, será igual avanzar hacia él que esperararlo. No se puede salir de esta isla. Ni de ninguna parte. De modo que iré adelante. Con usted.

—Una muchacha valerosa —aprobé—. Bravo, Kyra. En marcha, pues. Y ojalá no tengamos nada que reprocharnos después...

Avanzamos. Pese a todo, entré el primero, pisando una rampa

oscura, descendente, que se perdía en el fondo tenebroso de aquel refugio subterráneo, edificado en antiguas cumbres, ahora convertidas en simples islotes, en medio de un océano devastador.

Inmediatamente, sentí el trallazo doloroso en todo mi cuerpo. Algo me golpeó brutalmente. Creo que grité.

Y de lo que sí estuve bien seguro es de que Kyra, muy cerca de mí, aferrándose con desesperación, también gritaba, y muy agudamente. Con dolor. Acaso con agonía...

Luego, la negrura se hizo total. En torno mío. En mi mente también. Me hundí en ella, sin sentir ni oír nada.

Capítulo III

La oscuridad se disipó.

DE un modo brutal, brusco, realmente cegador.

Parpadeé, al sentir que la luz entraba de modo violento en mis pupilas, como si pretendiera taladrar mi cráneo y abrasar mi cerebro. Cerré los ojos, optando de nuevo por la sedante oscuridad.

—Ha despertado —oí decir cerca de mí—. Volvió en sí...

La voz me resultó familiar. Sin levantar todavía los párpados, que notaba heridos por la cruda luz, hablé con sorpresa y agradó:

—¡Mannex, amigo! Te creí muerto...

—Más valdría que lo estuviéramos ya todos, Zero. Cualquier cosa es mejor que esto... Abrí los ojos, esta vez con cautela. Pese a que la claridad seguía siendo cruda, centelleante, y parecía venir de todas partes, descubrí cerca de mí a Mannex.

Y también a Kyra.

Alrededor nuestro, todo eran rígidas formas metálicas, cilíndricas y sólidas. Rejas.

Estábamos encarcelados. Cautivos en alguna parte. Rodeados de rejas...

ALCÉ mis manos. Contemplé, sorprendido, lo que envolvía mis muñecas, sujetándolas. Eran como gusanos de metal articulado. Apretaban de firme. Intenté desprenderme, agitar mis brazos con rabia. Para mi sorpresa, la ligadura metálica, articulada, me oprimió más fuertemente. Tanto, que se hincó en mi carne, como

algo vivo, y apretó hasta que mascullé algo entre dientes, con intenso dolor.

—No lo intentes —aconsejó Mannex—. Eso te apretará más y más, amigo. Cuanto hagas, será perjudicial. Ten en cuenta que está vivo.

—¡Vivo! —Le miré, asombrado—. Pero si es simple metal...

—Sí, Zero —afirmó despacio Mannex—. Metal viviente.

Parpadeé, lleno de incredulidad. Miré a Kyra, que también tenía gusanos de articulado acero, en torno a sus muñecas y tobillos. El vestido de plata, desgarrado en parte, dejaba ver su carne tersa, rosada, sobre los senos juveniles y firmes.

—Kyra... —mascullé, dolorido—. Creo que cometimos un grave error...

—Nos hubieran cogido, de todos modos —me confortó ella—. Mannex me lo ha referido ya.

—Miré al exterior del recinto en que nos hallábamos. Éste era como una jaula de grandes proporciones. Más allá, había intensa luz, muros metálicos, soledad absoluta.

—¿Con qué diablos nos golpearon? —pregunté abruptamente.

—Descargas eléctricas —explicó Mannex, calmoso—. Dominan el refugio, Zero. Se apoderaron de toda mi gente, y la redujeron a la impotencia, como a nosotros todos. No hay solución posible. Ni siquiera paro mí.

—Cielos... ¿han sido... «ellos», por supuesto? —indagué con voz ronca.

—¿«Ellos»? —Mannex negó, de modo inesperado—. Oh, no, Zero, no.

—¿No? —revelé mi gran asombro—. Entonces... ¿quién...?

—Las máquinas, Zero —suspiró mi amigo de piel metálica—. Las máquinas que nosotros heredamos de la última época del mundo... Las máquinas que nosotros perfeccionamos para nuestro servicio... se *han rebelado*. Ahora, ellas controlan la situación y son nuestras dueñas. ¿Te das cuenta, Zero? Simples máquinas, mecanismos puros... convertidos en algo inteligente, en una fría raza aniquiladora...

Máquinas.

El sueño alucinante de algunos humanos de mi tiempo: las máquinas rebeldes. Los robots, amos y señores. Mecanismos

independizados, llenos de inteligencia hecha de circuitos y de impulsos electrónicos... De repente, «algo» sucedía en esas máquinas. Su vida prestada, controlada por el hombre... se hacía vida propia.

El equilibrio roto.

Las máquinas, dominándonos. Apoderándose de los seres vivientes. Un poco tarde, tal vez. No podrían hacer mucho, en el mundo actual. Pero sí terminar con todos nosotros.

Asimilé la noticia que acababa de facilitarme Mannex. Era demasiado serio aquel personaje de metálica naturaleza para dudar de él y de su palabra. El momento, además, no era para bromas.

—Máquinas... —repetí, bajando la cabeza y contemplando aquella cinta cilíndrica de articulaciones metálicas que se ceñía a mis muñecas, y que, de repente, cobraba un significado nuevo y siniestro, como si culebras malignas, de cuerpo y espíritu metálico, nos estuvieran enroscando sus anillos viscosos y fríos en torno al cuerpo. Sacudí la cabeza, cruzando una mirada perpleja con Kyra—. Cielos, era lo único que nos faltaba...

—He visto a algunas —musitó Kyra, parpadeando, medrosa—. Son complejos mecanismos, hechos para servir al hombre, Zero. No tienen aspecto de nada viviente. Pero se mueven, funcionan, emiten zumbidos y parpadeos de luz, se percibe el sonido de sus circuitos en acción... Son como helados monstruos informes, carentes de toda emoción. Me pregunto..., me pregunto si incluso *sentirán* algo, puesto que son capaces de *pensar* por sí mismos.

—Nadie inculcó sensibilidad a una máquina —rechazó Mannex, sombrío—. Pero si todo está mutándose y alterándose en este maldito mundo nuestro... ¿por qué no pensar que «algo» ocurrió dentro de esas máquinas del infierno, convirtiéndolas en atroces criaturas de sensibilidad extraña y cruel?

—¿Dónde están los demás? —me interesé—. Me refiero a..., a tus amigos, Mannex a tu pueblo, tu gente.

—Ellos..., ellos cometieron el error de luchar, de resistirse a las máquinas en rebeldía —jadeó Mannex—. Fueron aniquilados. Todos. Zero Aplastados como simples insectos...

Me estremecí, horrorizado. Era peor, infinitamente peor de cuanto imaginé.

—¡Qué horror! —musité—. Mannex, ¿y ahora? ¿Qué piensan

hacer con nosotros tres?

—No lo sé. Creí que nos asesinarían como a los demás. Pero al mantenemos pasivamente, dejándonos capturar por sus descargas eléctricas, han optado por encerrarnos. Esta jaula contenía, en un tiempo, animales contaminados, de los que obtuvimos las radiaciones negativas para nuestro organismo... Ahora, sirve para otra clase de zoo: nosotros.

—¿No se puede hacer nada? —murmuré roncamente.

—No. No se puede hacer nada, Zero —dijo la voz.

Y antes de volverme hacia el exterior, para mirar a través de los barrotes de nuestra prisión, supe que otro ser hablaba. Alguien que no era Mannex ni Kyra.

Un ser de metal. De circuitos electrónicos. Una máquina. Una máquina viva... y con voz.

La contemplé, alucinado.

Era una caja rectangular de acero o de otro metal que yo desconocía. Se deslizaba por el suelo sobre sus rodamientos. Despedía centelleos de diversos colores, de un panel circular de células eléctricas. Dentro, zumbaba un mecanismo puramente artificial: circuitos creados por el hombre. Un organismo de hilos, cables, diodos y elementos de electrónica. Nada más. Y nada menos...

—¿De dónde surgió esa voz? —murmuré, agresivo—. ¿De esa fea caja metálica?

Las culebrillas articuladas de mis muñecas, oprimieron rabiosas, hasta hacerme aullar, bañado en sudor. Las miré con ira. La máquina era inmutable, pero juré que reía de alguna manera diabólica.

—Es mi voz —recitó aquella especie de vibración metálica que surgía de la caja en movimiento—. La voz de los mecanismos que viven. Vuestro viejo equilibrio se ha derrumbado. Eres un miserable residuo de la raza que nos creó y nos perfeccionó. Ya no sirves. Ni tú, ni tus compañeros de cautiverio. No servís para nada. Sois esclavos, como fuimos nosotros. Pero al menos, nos faltaba sensibilidad. No sufríamos. Vosotros vais a sufrir mucho. Ahora somos los más fuertes. Los que no sufren radiaciones. Los que no peligran en este mundo que habéis fabricado con vuestra estupidez y vuestros errores. Es justo que paguéis el mal cometido.

Era como una demoledora sentencia para todos nosotros. Formulada por el más extraño juez y el más diabólico verdugo de todos los tiempos. Miré, alucinado, hacia aquel instrumento de muerte dado a la luz por el ingenio científico del ser humano, como una maldición más para nuestra especie.

—Algo os fallará —dije, despectivo—. Sólo sois máquinas, engranajes y circuitos. Algo tiene que destruir vuestra pretendida superioridad. El equilibrio de las cosas no puede alterarse tanto. Y no sucederá.

—Ya ha sucedido —zumbó la voz electrónica con algo parecido a una ira mecánica, fría y despiadada—. Sois nuestro zoológico final. Seréis estudiados por las máquinas que creasteis. Tal vez logremos producir *cyborgs* con vuestros cuerpos: es decir, formas humanas con circuitos internos. Cerebros humanos insertados en mecanismos... Un juego fascinante, del que puede resultar un perfeccionamiento decisivo, que logre crear la nueva superraza: ¡las Máquinas Humanoides!

Temblé. Era una idea enfermiza, digna de un cerebro demencial. La idea desorbitada de que aquellas máquinas no sólo estaban vivas, sino que estabas LOCAS, me asaltó en el acto. Pero no dije nada. Mis muñecas desarrolladas y quemadas, eran un recuerdo doloroso de lo que eran capaces de hacer aquellas serpientes de metal articulado, cuando atacaban a un cautivo.

No repliqué nada. Me dejé caer en el suelo de la celda, anonadado. La Máquina Viva siguió su rodar inmutable, como un caminar siniestro y falso de emociones. Cambié una mirada con Kyra y con Mannex:

—Locas... —musité—. Eso es lo que están: *locas*, Mannex, ¿entiendes? Las máquinas no sólo piensan y obran por sí mismas. Sus circuitos actúan de forma delirante y peligrosa. Creo que los cerebros electrónicos enloquecieron. Eso lo explicaría todo.

Hablaba apaciblemente, sin excitarme. Como si comentara algo trivial. Observé que las anillas de acero no presionaban. Era la excitación, la violencia física, la que ponía en acción su mecanismo agresivo. No las palabras, fuese cual fuese su significado. A fin de cuentas, eran sólo máquinas, pensé. No valían tanto como pensaban. Pero eran peligrosas. Terriblemente peligrosas.

Mannex entendió. Kyra también. Todos nos tranquilizamos, para

no sufrir la agresividad de las ligaduras metálicas.

Tras un silencio, expresé con sencillez:

—Tiene que haber un modo de impedir que esto siga adelante, amigos míos.

—Lo dudo —manifestó Mannex fríamente—. He pensado en todo lo posible. No logré nada. Si al menos estuviera libre, fuera de esta maldita jaula...

—Calma —avisé—. Nada de excitaciones. Si no nos exaltamos, no sufriremos daño por parte de estas pulseras malditas. Y entonces, las máquinas no vendrán a curiosear. Creo que todo se comunica entre sí, como un gran circuito completo. Cada máquina emite a las demás su propia sensibilidad. Quizá, por eso, buscan una mejora, un perfeccionamiento de su funcionamiento en el futuro: las Máquinas Humanoides. Una idea terrible y angustiosa, que crearía seres mitad máquina, mitad hombre. Nuestros cerebros dentro de cajas de metal, y nuestros cuerpos invadidos de circuitos electrónicos...

—Prefiero mil veces la muerte —silabeó Kyra.

—Pero no estamos en condiciones de elegir, Kyra —le recordé—. De modo que vamos a utilizar lo único que, por ahora, no pueden controlamos esas máquinas: el pensamiento.

—¿De qué sirve pensar en imposibles? —rechazó, dubitativo.

Le miré, mientras reflexionaba. Mi idea podía ser una estupidez o una inutilidad. Pero no la había puesto en práctica aún, y valdría la pena intentarlo. Del mismo modo que un fenómeno absurdo había roto el equilibrio, establecido, produciendo la monstruosa mutación en los cerebros electrónicos y las computadoras, otro fenómeno, completamente natural, podía, en nuestro desquiciado planeta, cambiar el orden nuevo, rompiéndolo otra vez por su único punto débil: las limitaciones «mentales» de una máquina, por perfecta que fuese.

—Relájense los dos —avisé—. Hablen de trivialidades, de cosas sin importancia. No se exciten por nada. Y dejen que yo piense. No me hagan preguntas. No me distraigan bajo ningún concepto... Sólo déjenme PENSAR.

Cruzó otra máquina por delante de nosotros, allá al fondo. Era una forma alargada, gris, llena de luminosos parpadeos en sus paneles. Rodaba monocorde, como un robot de pesadilla, propio de

la visión de un demente.

—Está bien —suspiró Mannex, cuando la máquina hubo parado—. Piensa.

—Sí, Zero —apoyó Kyra—. Piense. Y que Dios le ayude...

Confiaba en eso. Mis fuerzas eran tan débiles en ese momento, confinado en una jaula, como un ejemplar de una rara fauna, en poder de unos amos tan despiadados e insensibles como aquellos monstruos de acero.

Y pensé. Comencé a pensar.

A pensar más intensamente de lo que jamás lo había hecho antes, en ocasión alguna. Era mi única arma posible. Un arma invisible e intangible. Un arma que reposaba en el fondo de mi cerebro: mi propio pensamiento.

Pensar...

Era más que una táctica un ejercicio. Algo que mi padre me enseñó siempre, y desarrolló notablemente en mí. Una facultad, sin embargo, que nunca utilicé, en especial porque al despertar de mi largo sueño de siglos, no tenía nadie en quien concentrar ese pensamiento mío...

Pensar, era una facultad que podía desarrollarse, cuanto más se ejecutase. Como todas las facultades humanas. La mente del hombre había sido siempre una fuerza en reposo, mal aprovechada. Mi padre pensó así, y deseó hacer de su hijo un superdotado mentalmente. Pero las circunstancias no le ayudaron. Todo terminó mucho antes de que lograrse su objetivo.

Sin embargo...

Sin embargo, algo había aprendido yo, en esos años. Era dueño de una mente más ejercitada de la normal. Aprendí telepatía, supe controlar mis pensamientos, transmitirlos a distancia, a otro cerebro. También aprendía a ser receptor de pensamientos ajenos.

Todo eso lo tenía casi olvidado. Ahora, procuré concentrarme, transmitir mi fuerza mental a distancia.

Y no a un cerebro humano, sino a... un circuito electrónico, creado para «pensar».

Estaba intentando, poniendo en ello todo mi esfuerzo mental, toda mi fuerza de transmisión de ondas cerebrales, captar los «pensamientos» de una máquina central, que coordinase las «ideas» de todas las demás, como imaginaba que estaba sucediendo.

Si lo lograba, tal vez fuera posible. Tal vez.

No había seguridad alguna. Pero todo era mejor que cruzarse de brazos en aquella esclavitud, dentro de una jaula, esperando el final más horrible que se podía imaginar.

Por eso lo intenté con todas mis fuerzas. Con toda mi voluntad al servicio de aquella idea fija y obsesiva, que nubló todo otro pensamiento, toda otra actividad mental en mi cerebro.

Y, de repente, «capté» las ondas mentales de las máquinas...

Capítulo IV

Sentí un escalofrío.

AQUELLA especie de conexión mental, de telepatía entre un hombre y... una máquina, era una experiencia nueva y estremecedora.

Había establecido contacto con un simple complejo de circuitos cibernéticos en funcionamiento. Una poderosa mente artificial, creada por el hombre, y alterada por una mutación inconcebible.

«Leí» en esos pensamientos artificiales cosas atroces e inauditas: ideas de muerte, de destrucción, de frío odio, de mecánica y rígida crueldad. Un aborrecimiento nato e instintivo a todo lo viviente, a todo lo humano o animal, brotaba con bestial furia de aquella máquina diabólica, en cuyos circuitos mentales había sueños de grandeza épica, imágenes de urbes habitadas por humanoides de acero y por máquinas con fibras humanas en su mente electrónica, creando así dos especies diversas de monstruos igualmente repulsivos y atroces.

Me sentí angustiado y horrorizado por todo aquello. Pero en vez de seguir analizando esa serie de «ideas» fijas, impresas en los circuitos electrónicos por alguna razón para mí ignorada, y acaso justificada sólo por determinadas radiaciones letales, de las que barrían la superficie del planeta como un viento de maldición, intenté concentrarme en un punto débil, sensible, en un simple circuito, menos potente que los demás, capaz de recibir la carga

psíquica de mi mente.

Creí encontrarlo. Mi mente, a distancia, notó un débil fallo, un temblor intermitente, una zona de ideas nebulosas, en algún punto de aquellos circuitos enloquecidos.

Concentré en ello toda mi potencia mental. Ordené, sin palabras, desde el fondo de mi cerebro, la única decisión posible. No fueron mis cuerdas vocales, sino mi mente, la que formuló los pensamientos, repetida, obsesiva, tenazmente, en un martilleo constante y violento, de cerebro a «cerebro», entre hombre y máquina...

—Destruyete... DESTRÚYETE... ¡Un cortocircuito! ¡Un cortocircuito INMEDIATO QUE TE DESTRUYA...! ¡Destruyete...!

La orden partía, implacable, demoledora. Notaba, con el esfuerzo, que mi mente aumentaba en potencia, emitiendo a oleadas sus pensamientos fijos. Me dolían las sienes, temblaba ligeramente mi cuerpo, mantenía tensas las vértebras de mi nuca dolorida...

De repente, en alguna parte, hubo un chasquido. Como algo vivo que se quiebra mortalmente. Sentí un dolor más agudo en mi cerebro. Dejé de pensar.

El contacto se había roto también. Ya no captaba nada.

Hubo un momento de silencio. Luego, las luces oscilaron, se redujo bruscamente su intensidad.

Miré mis manos. De mis muñecas, flácidas, cayó la sierpe articulada de acero. Capté el ruido en las manos de todos mis compañeros.

—Dios mío, Zero... ¡Lo lograste! —jadeó Mannex.

Kyra sollozó de júbilo, al sentir liberadas sus muñecas y tobillos. No había animación alguna en aquellas piezas de metal. En el recinto subterráneo, el silencio era total. No se percibía un solo zumbido eléctrico.

—¿Cómo..., cómo lo hizo? —susurró Kyra, admirada.

—Telepatía con un cerebro electrónico —expliqué, con agrio humorismo—. Algo nuevo en las actividades de la mente... Pero resultó. Era un solo cerebro el que regía a los demás. He provocado una rotura, un fallo en los circuitos. Ahora. Mannex, debemos salir de aquí, por si un nuevo fenómeno nos vuelve a poner en apuros con esas malditas máquinas. Conviene destruir por completo ese

«cerebro» mecánico. Estaremos infinitamente más seguros.

—Antes no se podían mover esas rejas —señaló Mannex—. Despedían descargas eléctricas, muy potentes.

—Probemos ahora —sugerí—. Espero que todo esté paralizado ya.

Así era. Mannex probó. Sus manos de bronce tenían una fuerza titánica. Aplastó y torció los barrotes de la jaula. Salimos uno tras otro. Recorrimos lentamente el trecho que nos separaba de una amplia sala de controles electrónicos. Ahora, Mannex era nuestro guía.

Nos tropezamos con diversas máquinas paralizadas, acá y allá. Cuando alcanzamos al gran computador, dotado de un poderoso y complejo cerebro electrónico, Mannex lo miró con odio incontrolable.

—¡Él destruyó a toda mi raza! —dijo, patético—. ¡Debe ser destruido a su vez!

No me opuse. Era una venganza justa, aunque fuese sobre una máquina. Además, no me fiaba de aquel «cerebro», ni aun cambiándole los circuitos y adaptándole nuevas programaciones. No era fácil prever las actuales mutaciones en toda clase de seres y de cosas. Era un mundo nuevo, diferente y convulsivo, en el que nos tocaba vivir. Y la vida era un largo y áspero viaje hacia alguna parte. O hacia la Nada. Pero no teníamos otro camino, y debíamos seguir adelante, dispuestos a llegar a algún sitio, en el futuro.

Las máquinas podían complicarlo todo, en vez de ayudarnos. Eran un posible enemigo más.

Por eso no dije nada cuando las manos formidables de Mannex arrancaron cables, trituraron condensadores, baterías y transistores diminutos, hasta dejar reducido a la total inutilidad aquel ejemplar, orgullo de otros tiempos.

—Ya está... —jadeó, contemplando sus manos, entre las que pulverizó unas últimas piezas, como si fuesen algo vivo y responsable—. Hecho, Zero...

—Bien hecho —aprobé. Luego, exhalé un suspiro. Miré a Kyra—. Y ahora... ¿qué? Era toda una pregunta.

—Y ahora... ¿qué?

Sí. Había sido toda una pregunta.

Aún meditaba Mannex sobre ella. Y Kyra. Y yo mismo...

Estábamos acomodados en un gabinete confortable. Mannex había preparado alimentos deshidratados durante siglos. Ahora, hidratados y bien servidos, hasta parecían auténticos manjares.

Pero todo esto, e incluso la música que retransmitía un reproductor mío portátil, salvado del refugio subterráneo, era simple espejismo, bien lo sabíamos.

Estábamos solos. Sin esperanzas de ver a nadie más. Un humanoide metalizado, dotado de organismos energéticos, y dos seres humanos. Un hombre y una mujer, por más señas.

Mannex estaba solo. Ciertamente que no parecía un ente de vida sexual normal. No pensaba en reproducirse, ni en continuar la existencia de una raza. Parecía admitir que él era el último y único ejemplar de una especie evolutiva que, por desgracia, moriría con él.

En cuanto a nosotros...

Fue Mannex quien rompió el hielo de aquella situación singular. Lo hizo, mirando a Kyra fijamente.

—Supongo que conoce usted la Biblia —dijo.

—¿La Biblia? —Ella pestañeó, incómoda—. Naturalmente...

—¿Recuerda el principio? El Génesis, Kyra...

—Sí, lo recuerdo —me miró de soslayo. Vi enrojecer sus mejillas. Pero habló con altivez, con frialdad, incluso. Era la astronauta, no la mujer quien se expresaba ahora—: Sé adónde va a parar, Mannex. Acepto mi destino porque así lo ha dispuesto el Creador. Tal vez no conduzca a ninguna parte. Pero debo seguir mi propio camino. Junto al hombre, como en el Génesis. Sólo que esto... no es el Paraíso Terrenal.

Sonreí, forzado, sintiéndome incómodo.

—Kyra, le pareceré inhumano, pero estoy dispuesto a renunciar —dije—. No puedo exigir de una mujer que...

—Zero, ¿quién es usted para negarse a algo que dispuso ya una voluntad superior a la suya? —me replicó ella, con arrogancia—. Es el nuevo Adán. Yo... Eva. Eso basta.

—El sacrificio, su sacrificio, Kyra, es injusto.

—Soy la última mujer viva. Y usted, el último hombre. Debemos empezar de nuevo. Es el fin de un ciclo, y el principio de otro. Tal vez una nueva oportunidad para todos... o para nadie. La aceptaremos ambos, porque así está escrito.

—Sí, Zero —asintió Mannex—. Es necesario. Afuera nos esperan muchos peligros: «ellos», los anfibios... Los monstruos... Cualquier otra especie de mutación... Tendremos que luchar duramente. Seré su fiel aliado. Yo no pertenezco ya al mundo de los humanos. Mi vida será diferente, pero al servicio de la supervivencia común. Tal vez resulte... y lleguen a crear el principio de una nueva Humanidad. Les deseo suerte, Kyra.

—Gracias, amigo —sonrió ella. Puso una mano suya en la mía—. A fin de cuentas, también será su sacrificio, Zero. Porque sea la única mujer... no significa que tenga que ser mi esposo gustosamente...

—Pero lo seré. Es usted maravillosa, Kyra. La amé, apenas la vi —dije.

—¡Zero! —se asombró ella, mirándome—. Creo que delira...

—No, no deliro —rechacé—. Por eso me duele que pueda suceder esto, que no tenga derecho a elegir, a saber que si yo alcanzo el privilegio de sentirla mía, es porque..., porque realmente llegó a sentir algo por mí, y no por una obligación moral, como iónica hembra de la especie.

—Tal vez te tranquilice saber algo, Zero —me dijo ella, de repente, mirándome con fijeza.

—¿Qué, Kyra? —me sorprendió su repentina dureza.

—También me gustaste cuando te vi... y pienso que soy muy afortunada de ser la única mujer del mundo... y tú, el único hombre.

—Kyra... —murmuré.

Y no supe qué decir. Pero ella facilitó las cosas.

Cuando la sentí en mis brazos, cuando noté el palpitante contacto de sus labios en los míos, supe que aquel largo camine hacia el futuro, podía ser más prometedor y lleno de esperanzas de cuanto imaginé...

CONCLUSIÓN

Así comenzó el largo viaje hacia un mañana sin respuestas.

NUESTRO viaje en común, en un planeta sin más seres humanos que nosotros dos. Nuestra ruta hacia el nuevo principio.

Todo esto sucedía después de Cero, Pero me pregunté si no era el inicio de una nueva.

Era en un dantesco paraíso que no se parecía en nada al de nuestros primeros padres.

Pero que, quizá, por ello mismo, sería una nueva prueba para dos seres que se amaban y que deseaban confiar en ir hacia alguna parte.

Ellos, sus hijos... y los hijos de nuestros hijos.

Los peligros eran muchos. La senda no hacía sino comenzar. Pero había fe. Y esperanza. Y amor.

Y eso ya era algo.

Mucho, creo yo...

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste; es sin duda alguna uno de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobre todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] After Zero: después de Cero. < <

[2] Última frase puesta por Shakespeare en labios de Hamlet, príncipe de Dinamarca. < <

[3] Tema de Horizontes perdidos, de James Hilton. Shangri-Lah es la ciudad perdida en el Himalaya, donde se es eternamente joven, por la ausencia de preocupaciones. Obra de aventuras y de simbolismos filosóficos, llevada a la pantalla en varias ocasiones. Al salir de aquel reducto de juventud e idealismo, las personas envejecían.
< <